



© Iban Munárriz Vega  
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"  
Diseño colección: Ángela Romero Forte  
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.  
I.S.B.N: 978-84-933649-8-4  
Dep. Legal: MU-64-2012

# Los hijos de las sombras

Iban Munárriz Vega



El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Concha López Díaz, Anastasio Paredero Rodríguez, y Martín Martí Hernández, secretario.



*There are more things in heaven and earth,  
Horatio, than are dreamt of in your philosophy.*

Shakespeare

*He aquí que viene el tiempo de soltar palomas  
en mitad de las plazas con estatua.  
Van a dar nuestra hora. De un momento  
a otro, sonarán campanas.*

Jaime Gil de Biedma



Tablilla de obsidiana, aldea de Gea:

*Avanzáis por un sendero angosto pensando que no hay más caminos, que todo muere más allá de esta tierra que es vuestro mundo, pero un velo tupido os impide conocer el cielo, os mantiene en las sombras sin que sospechéis cuánto os está oculto.*

*Nosotros conocemos vuestra existencia, podemos andar entre vosotros sin que os deis cuenta de nuestra presencia, y a veces nos acercamos tanto que sentís nuestro calor. Existe una sensación que transforma nuestra realidad: nos permite conocer al instante lugares remotos y sentir las formas de la materia sin tocarla. Es, además, una sensación de extraordinaria belleza. Estáis inmersos en ella, pero no podéis percibirla, ni la podréis imaginar jamás.*

*No acudiremos a vosotros. Sólo aquéllos que os aventuréis más allá de las fronteras podréis encontrarnos, y entonces os mostraremos su existencia. Pero al hacerlo no abandonéis la tierra firme, no os ahoguéis en aguas demasiado profundas. No tengáis prisa: estaremos esperando cuando llegue vuestro tiempo.*

I

Apenas había dormido en toda la noche. Aún no se oía nada, sólo el vaivén de la respiración de ella, a su lado, pero el alba debía de estar próxima. El aire espeso de la habitación le llenaba los pulmones de abandono, le angustiaba, era el momento de salir de allí, despejarse y ventilar sus entrañas con la brisa refrescante del mar, pero no era fácil, su cuerpo pesaba en el lecho, junto a Ana, su vínculo más estrecho con la aldea, el único que le costaba romper. Nadir la adivinó tendida de costado, vuelta hacia él, con los párpados vencidos entre pestañas largas, y la boca levemente abierta, tal vez anhelando un último beso. Estaba tan cerca que sentía el aroma cálido de su cuerpo, le abrasaba su aliento, pero no podía tocarla, no se atrevió a hundir los dedos en sus cabellos tupidos, ni a rozar con los labios su faz durmiente, ni a acariciar su piel desnuda. Se incorporó en tensión, se vistió con cuidado, evitando los susurros de la tela, se dirigió a la despensa, comió cuanto pudo y llenó de víveres su zurrón. Era ligero su equipaje, ni siquiera necesitaba agua si caminaba junto al río. Lo más pesado estaba escondido, y todavía olía a barro fresco: pesaban las palabras escritas, los signos grabados en una carta de arcilla, fragmentos de vacío en la superficie rugosa, surcos repletos de promesas de volver. No sería suficiente, no para ella, pero era todo lo que podía hacer. Dejó la carta junto al lecho, muy cerca de Ana, y permaneció

a su lado, compungido, arrodillado, escuchando la melodía inocente que exhalaba su boca rendida, el murmullo de la vida que llenaba su pecho. Para muchos habría sido imposible desear nada más, tal vez sólo un loco fuese capaz de renunciar a la dicha por una esperanza vaga. Aún le retenía el abrazo denso del aire, como si el propio hogar extendiera sus brazos y lo atrapara con su olor a cerrado, pero al fin se deslizó hacia la puerta con pasos livianos. Protegió sus pies con sandalias de piel, empuñó su vara nudosa, y antes de salir se volvió para escuchar un último suspiro de su amada, apagado, confundido con el rumor de la bahía que llegaba de fuera. Deseó profundamente que ella le perdonara. El día prometía ser caluroso, pero apoyó la mano en el umbral y sintió frío. Se quedó clavado en la tierra como una estatua de barro, entre la vida fácil del hogar y los senderos inciertos que le aguardaban.

Una ráfaga de viento se levantó cuando salió de la casa, y las calles vacías quedaron cubiertas con el olor salino del mar. El canto de los grillos cobró fuerza en la noche agonizante, esperando ese calor que descendería desde el cielo, cuando el sol surgiera y se encaramara a las alturas. El sol. Nadie había pensado que existiera tal cosa antes de los antiguos, cuando el fluir del tiempo era sólo una oscilación de calor y frío, pero aquellos hombres inventaron palabras como el día y la noche, el amanecer y el ocaso, la tarde y la mañana, y sólo con nombrarlas crearon un nuevo acontecer. Nadie como ellos había vuelto a pisar Gea, el suelo firme que les sustentaba, el valle flanqueado por las montañas y la bahía, la totalidad del mundo. Para muchos no había, ni hacía falta, nada más.

Todavía somnoliento, Nadir se adentró en la playa hasta que sus pies comenzaron a hundirse en la arena mojada, y entonces se detuvo, no se atrevió a avanzar un paso más: el

rugido de las olas le infundía un respeto pavoroso, despertaba días trágicos, un pasado que no moría a pesar de los años. Se despidió de su madre, inspiró hondamente la esencia del mar, consciente de que quizá fuera la última vez, y después se volvió, con los labios un poco salados, y recorrió las calles hacia el puente. La aldea dormía aún, arrullada por el viento, y sólo en la lejanía se adivinaban voces femeninas junto a un rumor de agua dulce. Las conocía bien, evitó el encuentro aligerando aún más sus pasos, volando casi sobre el puente, y se adentró en la plaza hacia un edificio público, soberbio y pétreo, de paredes sólidas, forma rectangular y columnas esbeltas a la entrada. Sólo los antiguos fueron capaces de levantar monumentos como aquél, que contrastaban con las casas bajas y endebles de la aldea, hechas de guijarros y tierra, pero aquellos semidioses dejaron su legado y se llevaron después su secreto.

Se descalzó antes de entrar y sintió en los pies la bienvenida fresca de las losas. En el interior de la biblioteca, el silencio hermético hablaba de un tiempo remoto, como si el aire se hubiera estancado bajo el techo, entre los gruesos muros de piedra, respirado por todos y respirando a todos a su vez, en un intercambio fluido de conocimientos que se perdía en el olvido. En la estancia solitaria, los pasos descalzos de Nadir apenas rompían el denso volumen de la calma. Le llamaban el archivero porque se encargaba de cuidar de los escritos, acumulados en tablillas de arcilla a lo largo de pasillos de estanterías de piedra. Largas tardes se habían convertido en noches mientras leía y clasificaba los textos, igual que hizo su padre, y también su abuelo, y el abuelo de su abuelo, y así en una sucesión que se remontaba a los orígenes de los archivos. Los revisaba uno a uno, soplaba el polvo acumulado en sus cantos y libraba de telarañas los más olvidados. Era un oficio

maldito y en decadencia, cada vez menos valorado, causante de tragedias, salpicado de desapariciones misteriosas y niños huérfanos que a pesar de todo continuaban el trabajo de sus antepasados. Pero él no tenía hijos: la vieja estirpe llegaba a su fin. Gea volvía lentamente a su estado original, tan cercano a la naturaleza, y se apartaba cada vez más del saber de los antiguos, y con cada nueva generación los días de esplendor se difuminaban y se adentraban en la bruma de la leyenda.

Recorrió las filas de estantes, despidiéndose de las tablillas con el roce de los dedos al pasar, lamentando el destino incierto de los escritos, su desamparo en un futuro tan cercano que ya era presente. Guiándose por la memoria, rebuscó en el falso fondo de un estante, un recoveco que sólo los archiveros conocían, y extrajo una tablilla muy lisa, pesada y dura, una tablilla distinta que contenía un escrito breve. La leyó sin poder reprimir un susurro que era a la vez de alivio y de pena: “Ya no nos causarás más problemas”. La guardó para llevarla consigo, no podía permitir que cayera en otras manos cuando no quedaba nadie que conservara el oficio. Entró en la sala del museo, una estancia angosta anexa a la biblioteca, donde se almacenaban los objetos extraños que el mar había arrojado a sus orillas. En la suavidad redondeada de sus superficies sentía la presencia de otro mundo, más allá del mar, más allá también de las montañas, donde estaba convencido de que había más tierra y no el abismo que la mente popular había forjado. Eligió un recipiente sólido y frío, lo guardó en su zurrón, entre las viandas, y salió a la calle.

Fuera le sorprendió el canto sofocado de un gallo, despistado aún en la madrugada, pero aceleró su paso, temeroso de que Ana se levantara temprano y descubriera su carta. Avanzó por el sendero paralelo al río, hacia el interior,

dejó a un lado el templo, al final de la aldea, y llegó a la altura de las parcelas cultivadas de Gea, que se extendían a ambos lados del cauce. Gritos de labriegos se alzaban como ecos, aislados, distantes, sobre el siseo del viento en los cereales. Invadido por un recuerdo súbito, olvidó su prisa y se detuvo una última vez a oler el aire lleno de campo. Era una mañana igual que aquella cuando descubrió a Ana. Una temprana brisa mecía el valle y arrastraba en su seno la naturaleza renovada, hecha de savia nueva, árboles en flor, trigo alto y plantas maduras. Él se dirigía a los cultivos, pero a los pies del templo sintió los pasos de ella, que descendía de la loma. Se saludaron con timidez. “¿Qué has pedido?”, preguntó Nadir al notar que ella bajaba del santuario. Ella tardó en contestar, pero finalmente se armó de valor y se lo dijo: “He pedido ser amada”. “¿Y cómo es eso?”, dijo inocentemente Nadir. “Ven, acércate”.

Ella cogió su mano (él se dejó llevar por una corriente irresistiblemente cálida) y la llevó hasta el nacimiento de sus senos. Su corazón palpitaba con fuerza en su pecho femenino. Era la primera vez que Nadir tocaba a una mujer de esa manera. Ya la conocía desde la niñez, como a todos en la aldea. Tenía amigas, toda su vida había conversado con ellas, había jugado con ellas, pero hasta aquella mañana no supo lo que era una chica. Se adentraron en el campo, con las manos aún unidas, y se sentaron muy juntos en un prado mullido. Entonces la descubrió: recorrió su cuerpo con caricias lentas, deslizó sus manos por las curvas de sus caderas, su cintura, su espalda arqueada y sus pechos adolescentes; descubrió la suavidad de su desnudo, su silueta firme. Se recreó en los rasgos armoniosos de su rostro, en sus cabellos largos y en su boca abierta, que exhalaba un aliento ardiente y húmedo. Su piel le supo a tierra agria y almendras. Con el tiempo

sería capaz de reconocerla en cada detalle, a partir de aquel día naciente lleno de revelaciones, aquella mañana en que empezó a amarla como sólo los hijos de Gea podían hacerlo.

La aldea despertaba lentamente de su sopor nocturno. Empezaban los gallos con sus cacareos penetrantes y repetidos, y después se alborotaban los perros, lanzando esos ladridos que suenan a pueblo, contestados siempre por otro perro como un eco, y luego por otro, y por otro, hasta que terminaban todos aullando como locos que reciben el día. Bocas madrugadoras bostezaban a la mañana tibia, en las puertas entreabiertas de las casas. Por las calles pronto olía a barro mojado de alfarero, a pan tostado, a horno de leña, a leche y al queso agrio de los desayunos. Sobre todo olía a mañana fresca y a aldea, y ese olor de alfarería, lácteos y harina entraba en las casas por los poros de los muros y por los techos endeblés, y era el mejor reloj para los rezagados, los que aún no estaban labrando los cultivos o entregados a sus oficios. Ana despertó tarde, cuando Nadir ya había dejado atrás los campos sembrados de adolescencia. El rumor del día, en la habitación, luchaba por abrirse paso en el aire denso, pero el lecho, amplio de soledad, lleno de quietud y sueños matinales, invitaba a seguir durmiendo, a sumirse en una ignorancia blanda de lana. Se revolvió perezosa y creyó recordar algo que no sabía si había vivido, susurros de cereal al nacer el día, palabras de amor ahogadas en la garganta, y en esa rara mezcla entre placer onírico y pesadilla estiró su cuerpo desnudo y decidió levantarse. No reparó en la tablilla

de arcilla a su lado, aunque estuvo a punto de pisarla. Ni siquiera se dio cuenta de que faltaban víveres cuando hurgó en la despensa para desayunar.

Las calles a esas horas, cuando todos empezaban su jornada, eran un barullo de saludos espontáneos a la gente que pasaba, casi siempre sin saber a quién, aunque todos se conocían y muchos eran familia. En esa marea popular se movía Ana con pasos mudos, como si caminara sobre almohadillas, y pasaba a menudo desapercibida, hasta que alguien se daba cuenta y le dedicaba un saludo con las manos mojadas de barro, un saludo de arcilla, o de queso fresco, o de harina cuando entraba en la panadería a por una hogaza recién hecha, todavía caliente y leñosa. Después iba al río a por agua, o antes, no importaba mucho el orden, siempre que no faltara un cántaro lleno en la casa, y se aseaba en la corriente fresca, y los días despejados se lavaba el pelo y dejaba secar al sol su larga melena, en una pausa amplia, casi aristocrática, de sus tareas matinales, que llenaba con la lectura, con la conversación de alguna amiga, o entregada al deleite momentáneo de no hacer nada. A diario salía a la huerta, junto a una pared de la casa, con pasos medidos para no pisar las hortalizas, ordenaba y removía la tierra, que a veces rezumaba la humedad y el aroma de la lluvia, y la regaba cuando se desprendía de ella el polvo seco de la aridez, cada vez con más frecuencia bajo un sol que templaba el valle, convirtiendo lentamente la primavera en verano. Así se le iba la mañana, entre tierra y vegetales, agua, aseo y letras de arcilla, hasta que el archivero entornaba la puerta, a mediodía, y se colaba en ese hogar de aceite de oliva, ensalada de verduras recién cortadas, y brazos cálidos que aguardaban su llegada.

Aquel día se retrasaba. En la casa no había relojes que marcaran las horas, el tiempo no se había construido a base de

manecillas, carillones y campanadas, flujos de arena o varillas de sombra: era un tiempo silencioso y eterno. Esa ausencia de una medida precisa de las horas, que era casi una carencia de tiempo, alargaba la vida, creaba un presente amplio, un ahora pausado que no se precipitaba hacia futuros prematuros. Los animales lo intuían, conocían el inicio de la mañana y la llegada de la noche: lo sabían los grillos, las cigarras, los gallos, los perros, las gaviotas, e incluso algunas plantas que perfumaban el atardecer o el alba. La noche en verano no era noche sin jazmín, oloroso y dulzón, y la tarde en primavera era de azahar. La naturaleza a su alrededor tenía ritmo, y ellos lo seguían a trompicones, arrastrados por su inercia. Era tarde, a pesar de todo, y Nadir no aparecía cuando ya deberían estar sentados a la mesa, ya deberían haber comido, porque el calor del día apretaba, y el vientre se había olvidado del hambre. Ana todavía esperó, paciente, sin alterar ni uno solo de sus gestos sosegados, atusándose el pelo entre parpadeos largos, ultimando detalles en la mesa, y finalmente tendida en el lecho, hasta que oyó pasos cerca de la puerta, livianos e indecisos, pero no era él, eran pasos de mujer.

—¿Se puede? —preguntó desde el otro lado Lena.

Ana se acercó a la puerta.

—Lena, ¿qué te trae por aquí?

—Quería saber si está todo bien.

—Estoy esperando a que Nadir vuelva de la biblioteca —dijo Ana—. Hoy tarda mucho.

—No ha estado allí en toda la mañana.

—¿No?

—Mi hija lo ha estado buscando —dijo Lena—. Se le ha metido en la cabeza que quiere aprender a leer...

—¿Se ha fijado bien?

—Eso creo, fue varias veces durante la mañana. Y ya sabes

que a ella no se le escapa nada.

—Entonces mejor voy para allá —dijo Ana, buscando en el suelo sus sandalias—. Gracias por avisarme.

—¿Quieres que te acompañe?

—No te preocupes —contestó Ana—. Estará metido en algún recoveco, absorto con algo. Seguro que se le ha olvidado que tiene que comer —aunque trató de restar importancia al asunto, su voz sonó quebrada.

—Hay algo más —dijo Lena. Se adelantó un paso para acercarse más a Ana, antes de que ella saliera, y bajó la voz—: Dice mi hija que se fue por el camino hacia los campos, muy temprano.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella, que adivina cosas —susurró Lena—. No habló con él, no lo oyó, simplemente lo sabe. Te lo digo porque eres mi hermana, pero esto debe quedar entre nosotras. Si se enteraran en la aldea, con lo supersticiosos que son...

Ana se despidió, confundida, y salió hacia la biblioteca, caminando con un brazo extendido, como hacía a menudo, rozando las paredes de las casas con las manos, palpando los guijarros incrustados en la tierra, suaves de desgaste. A esa hora de sol vertical las calles enmudecían, todos esperaban la tarde bajo la sombra fresca del adobe, en sus hogares, tras los mismos muros que palpaba la muchacha. Cruzó el puente sólido, recalentado, apoyándose en la barandilla de piedra gruesa, que estaba rociada por leves vapores de agua, y apareció en la plaza de los naranjos, a ese lado del río despoblado y tranquilo, donde en algún tiempo moraron los dioses. Entró en la biblioteca con la esperanza de sorprender a Nadir absorto entre las estanterías, a pesar de las palabras de Lena. Se detuvo hacia la mitad de la sala y aguzó el oído tratando de detectar su respiración, que conocía de memoria,

pero no pudo oír nada. “¿Nadir?” , llamó, y su voz suave rebotó tenuemente en las paredes, se diluyó en la piedra fresca y regresó el silencio ancestral. Ana frunció el ceño, recorrió los pasillos varias veces, llamándole repetidamente, y obtuvo siempre la misma respuesta muda, tan hermética que pareció que el mundo hubiera desaparecido tras los muros.

Salió a la calle y le alivió sentir el roce de la brisa en su rostro, el susurro de las ramas de los árboles y el fluir del río. El sol volvió a posar sobre ella sus manos cálidas. Los pájaros tempranos, desde sus alturas de madera, entonaban una sinfonía despreocupada, pero la angustia se expandía calladamente en su pecho. Recordó de pronto (después evocaría tantas veces los últimos momentos juntos, y lamentaría no haber entendido a tiempo aquella despedida tácita, implícita en la inusual dilación de los gestos) que Nadir la había besado muy lentamente por la noche, como si la lentitud pudiera prolongar el instante y hacer que el roce de los labios durase para siempre. De regreso a casa, casi con la certeza de lo que había ocurrido, con la voz ahogada por la ansiedad preguntó por el archivero a los pocos que se cruzaron en su camino. Apenas escuchó sus respuestas vagas, porque sólo pensaba en llegar y buscar un mensaje, una carta, algo que le permitiera saber qué ocurría. Entró con tanta prisa que tropezó y cayó encima del lecho, blandamente, pero se agitaron sus entrañas punzantes, por las que ya no fluía sangre sino espinas. Barrió el suelo con las manos y halló la tablilla. Se detuvo. Le aterraba la idea de encontrar palabras de despedida, porque ella lo sabía, lo sabía todo antes de leer la carta. Cuando se decidió a hacerlo, recorrió cada línea con sus dedos y reconoció la voz de Nadir en aquella escritura. Pensó en salir corriendo y gritar su nombre en los campos por si aún pudiera oírla. No lo hizo, se dio cuenta de que

era inútil tratar de retenerlo: él nunca podría estar satisfecho si no saciaba su sed de fronteras, de tierras míticas y dioses. Con una serenidad inesperada, murmuró repetidamente: “Lo sabía, lo sabía...”, y volvió a las palabras escritas. Esta vez su mano se tornó temblorosa al llegar al final. La promesa de volver estaba hundida con intensidad en los surcos, como una herida incurable en la arcilla. Abrazó la carta contra su pecho, apesadumbrada como una madona, y pudo contener el llanto porque creyó, creyó firmemente en las promesas de barro que acababa de leer.

El día se acercaba a su fin. Atrás quedaban los campos cultivados y el sendero blando, alisado durante generaciones por los pasos de los labriegos. La seguridad de lo conocido se desvanecía. El avance de Nadir se había vuelo lento y penoso: el terreno paralelo al río era áspero, sus sandalias se habían roto y las plantas de los pies dolían, heridas por los bordes cortantes de las piedras. Nunca en su vida había llegado tan lejos. El aire tibio y estático anunciaba una paz fingida que no tardó en quebrarse. Lloraban las cigarras el himno del anochecer, y sobre su concierto hipnótico se elevaban distantes los ladridos de un perro, agudos como dagas del crepúsculo. Los aullidos del animal cobraron fuerza hasta convertirse en una amenaza muy cercana. Nadir, lento y desubicado en la orilla pedregosa del río, no pudo reaccionar y pronto tuvo al perro al lado, jadeante, dando vueltas a su alrededor, gruñendo con explosiones sonoras que le golpeaban con violencia los tímpanos. Blandió su vara en el aire, cogió un pedrusco del suelo y amenazó con arrojárselo. El animal se apaciguó pero se mantuvo alerta. Su respiración entrecortada no cesaba. No se alejaba. Los dos se quedaron en guardia, tensos, esperando un ataque que no llegó. Era un perro doméstico, un perro pastor. La voz cavernosa de su amo no tardó en alzarse en el valle:

—¿Quién anda?

—Soy Nadir, el archivero.

—¿Nadir? ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Eres Noé, el pastor viejo?

—El mismo —dijo acariciando al perro y dándole palmadas en el lomo—. Disculpa los modales hoscos de mi amigo, siempre está alerta.

Nadir dejó la piedra en el suelo, con cuidado de no hacer ruido para que el pastor no lo oyera. Noé se acercó y le puso la mano sobre el hombro en señal de saludo. Su respiración estaba aún acelerada por la carrera, y su aliento apestaba a ovejas y a vino.

—¡Qué susto me has dado, Nadir! No acostumbro a toparme con nadie tan lejos de la aldea. ¿A qué se debe este honor?

—Yo tampoco esperaba encontrarte, Noé. No esperaba encontrar a nadie.

—No me has dicho qué haces por aquí.

El archivero decidió decirle la verdad.

—Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Sí, me voy. Me marcho de Gea.

El pastor respiró hondo antes de hablar:

—Si esa es tu decisión yo no soy quien para impedírtelo. Al menos quédate a cenar. No puedo ofrecerte gran cosa, pero espero que aceptes. Muy pocas veces tengo compañía. Ven, mi cabaña no está muy lejos de aquí.

Rodeó los hombros de Nadir con su brazo y le indicó el camino. Desde la cabaña ya no se oía la corriente del río, pero el zumbido de las cigarras aún envolvía la noche. Se sentaron fuera, uno a cada lado de la puerta, aprovechando la pared como respaldo. Comieron queso muy curado, picante, leche de oveja y un pan tan seco que había que mojarlo en agua

para ablandarlo.

—Un hombre sólo necesita pan y agua para vivir —dijo el pastor—. El queso es un manjar. Eso seguro que no me lo negará un archivero.

—Quesos como éste sí lo son, eres un maestro haciéndolos.

—No hay nada como el queso viejo —rió el pastor—. No creo que vuelvas a probar uno igual, aunque encuentres tierra más allá de las montañas. ¿Por qué quieres marcharte? Somos parte de Gea, nos da todo lo que necesitamos, crecemos en su tierra como las plantas, como los árboles del bosque.

—Las plantas no se mueven, nosotros sí. Estoy seguro de que hay más tierra, y de que seguirá conteniendo la esencia de Gea. Necesito conocerla.

—Yo me muevo para sobrevivir, recorro el valle en busca de pastos para mis ovejas. Tú tienes un oficio, no te falta el alimento, ni el agua; tienes un hogar y una mujer hermosa que siempre está a tu lado. ¿Por qué viajar? Hace mucho tiempo hablé con tu padre. Era joven, como tú ahora, como yo entonces. Lo encontré cuando se marchaba, igual que a ti. Fue por casualidad, no siempre estoy en esta cabaña. ¿Esperas encontrarlo?

Nadir vaciló ante las palabras del viejo.

—Me habría ido igualmente —dijo—. También mi madre desapareció en el mar y no por eso me he adentrado en sus aguas. Viajo porque no aguanto más. Estoy cansado de ser el archivero, el único que lee las tablillas. Necesito saber si hay otras tierras, otras gentes. Estoy harto de esta vida. Si he de encontrar a los descendientes de los antiguos es al otro lado de las montañas. Dicen los escritos que...

—Hijo, creo que lees demasiado los escritos. Te quitarías un peso de encima si lo olvidaras todo.

—Pero hay muchas historias sobre un pasado espléndido

—protestó el archivero.

—¿Quién sabe si son verdad?

—¿No crees en los antiguos? —dijo el archivero, arqueando las cejas—. Aunque no fuera verdad lo que dicen las tablillas —pensó mostrarle la tablilla que llevaba consigo, pero cayó en la cuenta de que el viejo no sabía leer—, ¿cómo explicar la biblioteca? ¿Y el templo? Nosotros no somos capaces de construir edificios así, debían de tener poderes. Y después se marcharon, lo que significa que hay más tierra.

—Pudimos haber sido nosotros mismos —contestó pausadamente el pastor—, sólo que hemos olvidado cómo hacerlos. Y los antiguos, si existieron, tengo entendido que se marcharon por el mar, el mismo sitio por el que llegaron. De otra manera no se puede salir de Gea.

—Ellos podían flotar y orientarse en el agua, nosotros no. Mi padre dejó notas. Probó varias vías, todas impracticables, hasta que decidió remontar el curso del río y ya no regresó.

—Si algo me sorprende de la escritura es que una persona que no está, tu padre, pueda seguir hablando a través de ella. ¡Que me trague la tierra si eso no es asombroso!

Los dos rieron distendidamente, el archivero complacido por la franqueza del pastor, y compadecido también por su ignorancia ovina.

—Y si hay algo más allá de Gea —continuó el viejo—, me es indiferente. No necesito saberlo. Todo lo que necesito está dentro de mí, y en esta tierra que me mantiene con vida. Ella y yo somos uno, y lo seguiremos siendo cuando muera.

El pastor siguió comiendo despacio, sin inmutarse, como si masticara su propia existencia lenta, hecha de largos años solitarios. Cada mordisco era un deber menos que cumplir, un paso más hacia una muerte que llegaría mansamente, de la misma manera que había transcurrido su vida.

—Ya casi no bajo a la aldea. Todo lo que tengo está aquí en el campo: mi cabaña, mi perro y mis ovejas. Lo único que me dan por el queso y la leche es pan, aceite y este vino áspero... ¿Qué demonios? —el pastor se estiró hacia el interior de la cabaña y alcanzó un pellejo lleno de vino—: Soy un pésimo anfitrión, se me había olvidado ofrecerte algo para beber. Toma, echa un trago —dijo, volviéndose hacia el otro y acercándole el vino—, tiene un sabor inmundado, pero alegra el ánimo y da fuerzas. Y llévatelo si quieres. Allí arriba lo necesitarás más que yo.

Nadir bebió, derramando parte del líquido por su cuello. El primer trago le supo bien, pero después del segundo le ardieron las entrañas. Tosió varias veces, y el pastor le dio palmadas secas en la espalda hasta que se recobró. Volvió a beber, y poco a poco se acostumbró al roce áspero del vino en la garganta. Se sintió en deuda con el viejo.

—Noé —dijo hurgando en su zurrón—, yo también tengo comida que me gustaría compartir —sacó apresuradamente varios puñados de higos secos y pescado, arrepentido de haber guardado con tanto celo sus víveres durante la cena—. Tengo esto. Lo capturan con redes desde la orilla, todavía hay en la aldea quien no teme al mar...

El eremita olió el pescado antes de tocarlo.

—¡Por Gea, muchacho! Hace años que no pruebo el pescado. Pero... No. Será mejor que lo guardes, guárdatelo todo, y aun así no creo que sea suficiente.

—No, no esta noche —dijo Nadir—. Quién sabe si no será la última, o si Gea está a punto de abrir sus puertas a un nuevo mundo. ¡Hay que celebrar ahora que podemos! En cuanto a las provisiones, de buena gana aceptaré llevarme un trozo de queso a cambio del pescado.

El viejo no necesitó más razones para probar el pescado

y acompañar el queso con los higos dulces, todo regado con vino.

—¡Si antes he dicho que el queso es un manjar, lo de ahora me parece ya un banquete! —exclamó.

Nadir también bebió, pero el vino lejos de alegrarle el ánimo le oprimió el pecho, y recordó con nostalgia sus mejores días en el valle, con la sensación amarga de que ya no podrían repetirse, tanto si se iba como si se quedaba. A lo lejos, ya inaudible, en algún lugar rugía el mar, y las olas lamían la orilla de la aldea.

—Me preocupa Ana —dijo el archivero—. No he sido capaz de decirle que me voy. Ella entiende mi inquietud por salir de Gea, pero cree que es una locura. No le faltan razones. Yo le he prometido que volveré, pero siempre que hemos hablado de esto termina llorando. A veces maldigo mi oficio. Si hubiera sido panadero, pescador, o pastor...

—Iré a saludarla cuando baje a la aldea. Le diré que estás bien, que conozco las montañas y que fuiste por buen camino. Prepararé un buen queso para ella.

—¿Crees que lo lograré?

—No.

La negativa del eremita se alargó en el aire, sobre el coro de las cigarras. Se detuvo a masticar otro trozo de queso con la misma calma que si no hubiera dicho nada, y un repentino picor en su boca le obligó a beber más vino, antes de seguir hablando:

—Las montañas no son lugar para un archivero. Alguna vez me he adentrado en el bosque, es muy fácil perderse, y perderse allí es morir. El río se acaba, no vale la pena arriesgarse a seguir. Todo lo más lejos que ha llegado un hombre y después volver ha sido hasta el nacimiento del río. Por falta de agua, de alimentos, y porque hay bestias. Yo mismo he

oído sus rugidos.

—No me perderé. No parece tan difícil. Sólo hay que ser prudente. Podré orientarme con el calor del sol y caminaré pendiente abajo si necesito volver.

—En cualquier caso, es peligroso —dijo el pastor—. Ten siempre preparada tu vara y presta atención a cualquier ruido extraño. Que el espíritu de Gea te ampare, hijo —dio un gran trago y después esparció el vino por la tierra, que desprendió un aroma intenso a humedad y alcohol—. ¡Cómo bebe nuestra Madre!

Pero Nadir estaba sumido en otros pensamientos.

—Noé, cuando hablaste con mi padre, ¿qué te dijo?

—Me dijo lo mismo que tú, sólo que entonces creí entenderle. Ahora soy muy viejo para eso, pero qué importa lo que opine un pastor acabado. Yo ya sólo aguardo mi hora, y lo único que me preocupa es no tener hijos que continúen mi oficio.

—¿Qué fue de tus hijos?

—Murieron. Tuve tres.

—¿Y tu mujer?

—Se la llevó el mar, como a tu madre.

—Qué extraña es la vida —suspiró el archivero—, la misma tierra que nos la da también nos la quita. Gea está en decadencia, se muere poco a poco.

—Gea sabrá cuidarse sola, siempre lo ha hecho. Y hay otros pastores.

—Muy pocos. Y tampoco hay otro archivero. ¿Qué pasará con la biblioteca? Yo tampoco tengo hijos, y en la aldea los más jóvenes ya ni siquiera saben leer.

—La biblioteca no es necesaria para vivir —sentenció el pastor.

—Tal vez más que las ovejas.

El pastor soltó una carcajada brusca.

—Son sólo tablillas, un montón de barro seco. Y la arcilla no se come, muchacho. No importa, alguien tomará el relevo. No sé quién, pero alguien lo hará.

Nadir no quiso discutir:

—Ojalá que así sea. Ahora debería descansar, mañana me espera una jornada muy larga.

—Tienes razón, hijo. Que duermas bien. Olvida lo que te he dicho, no quiero que te quite el sueño.

La noche aún era suave, y el calor acumulado durante el día emergía del suelo alfombrado. Se tumbaron al raso boca arriba, con los ojos abiertos, como si contemplaran la bóveda negra que los cubría. El firmamento estaba colmado de estrellas que no podían ver.

## II

Amanece. Se enciende un tenue resplandor en el horizonte, una línea ocre sobre el espejo curvo y negro del océano. Surgen de las sombras unos bultos dormidos cerca de la playa, como animales de tierra rendidos al alba, empequeñecidos ante un gigante albino que los domina. La aldea aparece inerte, sumida en una inmovilidad extraña, sus calles lóbregas vacías de gente. El cielo se aclara, aunque su cúpula todavía se apoya en paredes malvas. El sol emerge sobre las aguas cansadas de un mar en calma, un paraíso azulón desmayado en la bahía, y dibuja un sendero amarillo que se desliza hasta la playa e ilumina la aldea, y ahora sí se distinguen las casas terrosas en el suelo polvoriento, y el gigante albino que se alzaba sobre ellas se convierte en un edificio de mármol blanco, liviano, como si estuviera a punto de iniciar un vuelo ascendente desde su lado del río despoblado, donde el terreno se eleva suavemente. La antigua ciudad alta culmina en una loma, y en su cima bosteza el fulgor dorado de un templo clásico. Su sombra de triángulo y columnas yace en los campos, donde unos pocos labriegos trabajan los cultivos, dispersos en las extensiones tupidas de cereal. Verdean los prados y los bosques, se perfilan las cordilleras oscuras que bordean el paisaje. La noche que cubría el valle se ha llevado su capa a otros lugares donde el sol aún no asoma, para seguir engañando con la misma historia, ese juego de ocultar ante los ojos, de hacer que las

cosas parezcan diferentes, aunque sean las mismas. Ahora que se ha ido, todo lo que ya existía se ve con claridad.

El pastor y el archivero se despiden a los pies de las montañas. Aunque la luz inunda el cielo, todavía es oscura la tierra que pisan y los campos no son verdes para ellos, son superficies de hierba blanda, una extensión incierta, un suelo firme donde apoyar los pies; nada más. Aparecen pequeños dentro de un círculo. Se hablan, pero nada se oye, gesticulan como actores de una comedia muda, interpretando el papel de sus propias vidas. El más joven está a punto de morir, se extiende ante él un bosque espeso que va a devorarlo, como una estera que se desploma sobre una mota de polvo. El viejo abraza al archivero y le dedica unas últimas palabras, que se adivinan por sus gestos, difuminados por la lejanía dentro del círculo. La tez que cubre su rostro, tostada y curtida tras toda una vida de sol, se asemeja a un borrón de arcilla sobre la mancha nívea de sus barbas, y parece pesar sobre su propio cuerpo voluminoso, cansado ya ante su última batalla. En cambio el joven es vigoroso, porta la savia nueva de la tierra, la energía acumulada de la inquietud, de tanto leer los archivos, de tanto estar encerrado entre muros de piedra. Se separan. El pastor vuelve a su cabaña y el joven inicia su marcha liberadora hacia el bosque. Antes de perderse entre los árboles, su cabello largo y negro refleja el sol de la mañana.

La calma reina en el valle, como si nada hubiera sucedido, como si Gea fuera indiferente a la pérdida de su último archivero. El centinela dejó los prismáticos sobre su regazo, y sus ojos desnudos se perdieron en la lejanía. Sus sospechas acababan de confirmarse: la figura huidiza que atravesaba los campos el día anterior no era un labriego, era el archivero camino de la frontera. Estaba en vilo desde que lo había visto andar penosamente por los cascajos, entre prados de hierba

suave, un poco encorvado, como abrumado por el peso de su cometido. Había deseado gritarle el camino correcto, aunque las ondas de la voz no pudieran alcanzar sus oídos. Lo conocía como se conoce a un personaje de novela, que vive entre las páginas de papel y se expresa en el silencio de la tinta, en su universo anónimo.

—Pobre diablo —susurró—. No tiene ni idea de lo que le espera.

Aún había margen, había incertidumbre, una jornada entera por delante y un bosque denso y espinoso a lo largo del río. El centinela rodeó el valle por caminos de polvo y regresó a su puesto habitual, en la cima de una colina que dominaba la aldea. Frente a él se extendían todavía otros montículos menos elevados, yermos como calvas de gigantes, a los que ya no llegaba ningún sendero, y después un acantilado breve, de escasos metros, como un guardián viejo y decadente, demasiado abrupto para los moradores de Gea. Los extremos de la bahía estaban sellados por rocas donde rompían las olas, y junto con las montañas daban al valle el aspecto de una gran herradura llana, un poco arrugada de lomas, verde y parda de hierbas y de tierra, amarilla de cereales, atravesada por un río perezoso, despistado en meandros, que se descentraba e iba a morir hacia un lado, cerca del extremo del centinela, donde la costa estaba salpicada de palmeras. En las mañanas de primavera, todo amanecía sumido en brumas filamentosas, durmiendo un sueño de mundo en miniatura, con el sol brillando en el mar y en los meandros dorados. La aldea despertaba a un nuevo día, adormilada en sus tinieblas interiores, aferrada a la desembocadura, como si hubiera resbalado por la loma hasta la playa y quisiera detener su caída en el mar. Las calles se llenaban de paseantes lentos, sombras no mayores que un dedo desde la colina, los artesanos trabajaban

a la puerta de sus casas, henchidos de tiempo, y las mujeres se afanaban en las huertas. El centinela había esperado agitación por la desaparición del archivero, pero no pasaba nada. Sólo al final del largo día, cuando ya se marchaba hacia el bosque, distinguió una silueta femenina, diminuta y luminosa al sol de la tarde, que subía calmadamente hacia el templo.

El agua baja más fría y la corriente es rápida. Nadir se ha detenido a la orilla del río, acuclillado, y bebe de las palmas de sus manos, que forman un cuenco blando y tibio. Sus piernas están manchadas de ocre, sus tobillos arañados por espinas, y su cuerpo asoma brillante de sudor entre las telas rasgadas de su ropa, y el color pardo de la piel y los tejidos se confunde. Todo le pesa, deja a un lado su equipaje y se sienta. Duda, y por primera vez se plantea seriamente la posibilidad de abandonar. Todavía puede volver. Canta un pájaro anónimo desde un árbol lejano.

Ana lleva un vestido de lino blanco ceñido a la cintura, de falda larga y amplia que cae blandamente hasta el suelo, pero no lo roza, y oscila a uno y otro lado cuando camina. Hace tiempo que no sube la loma, pero reconoce el sendero marcado. Cuando llega arriba descubre que no hay nadie, sólo el murmullo de la brisa en la cima, que atraviesa el templo de lado a lado. El interior es diáfano, pero cuentan los escritos que antes lo habitaba estatua de una diosa, adornada de ofrendas. Dicen también en la aldea que cuando se marcharon los antiguos, cansada de su soledad de bronce, un día se encarnó y abandonó el santuario.

Vuelve a cantar el pájaro en su lejanía. Nadir abandona su descanso breve y continúa su ascenso por el bosque. El pellejo pesa, le molesta, tiene que aligerarlo y bebe tragos cortos continuamente. La pendiente es cada vez más pronunciada

y su paso más cansino. Duelen las zarzas junto al río, se enredan en sus tobillos dañados; frenan su paso las ramas de los árboles, más cerradas, más robustas, más hostigadoras según avanza. El bosque se agita con ruidos desconocidos, las aves revolotean entre los árboles y animales pequeños huyen a su paso. Huele a hojas frescas y a bayas. La impaciencia crece, alimentada por la falta de referencias sobre un destino. Sus pies comienzan a hincharse, son ya como de corcho.

El altar está al aire libre, frente a las columnas del pórtico, bajo las escaleras de la entrada. Hierbas altas, pajizas, crecen salvajemente en su base, pero la superficie permanece limpia de impurezas, despejada por el viento de la cima. Ana se acoda, el mentón apoyado en sus manos, y sus cabellos cobrizos, translúcidos de atardecer, se posan en la piedra indiferente. Frente a ella se extiende un horizonte de aldea y mar, bahía y palmeras, puede sentirlo cuando llena su pecho de olores amplios, salinos y terrosos.

Nadir vuelve a sentarse a la orilla del río y hunde sus pies en el agua: la corriente le refresca y sus heridas escuecen con alivio. Come poco, lo justo para no desfallecer. Ya nada es familiar allí, salvo el agua y el aire, que contienen la misma esencia del valle. Su oído fino detecta el movimiento de animales pequeños, el zumbido de insectos voladores, incluso el débil crepitar de los que se arrastran por la tierra. Se siente extraño, invasor de un entorno al que no pertenece, y recuerda con desconsuelo las palabras del pastor: “Las montañas no son lugar para un archivero”. Sabe bien que en su carta le había prometido a Ana que sólo exploraría, que no se arriesgaría a avanzar sin tener la seguridad de poder regresar, que sería prudente. Bebe más vino y comienza a maldecir esos textos

arcillosos que le han llenado la cabeza de misterios y tierras lejanas, y le han forzado a abandonar todo lo que conoce, todo lo que quiere, pero es incapaz de odiarlos, tantas horas ha pasado junto a ellos que forman parte de él, igual que ese pasado hecho de leyendas que le ha llevado a seguir los pasos de su padre. Poco a poco logra entenderle, tras años de rencores y preguntas lanzadas a oídos ausentes. No se da cuenta de que el vino le hace efecto, y de pronto se apodera de él una extraña euforia.

Y sin embargo en el valle se ha levantado un cántico triste, un crepúsculo ornado de ruiseñores que se esparce y cubre la cima, y contagia a Ana su melancolía. Con dedos lánguidos esboza símbolos en la piedra del altar, escribe algo, el reflejo de un pensamiento que nadie puede leer, y aun así lo termina de trazar, no sabe por qué. Después posa la palma de la mano en la superficie inalterada, cierra los ojos largamente y se pregunta qué puede hacer. Todavía siente el calor del sol en la piel desnuda de su espalda.

Las ramas y las zarzas han desaparecido, y también el río. Nadir bebe alegremente y siente que esta vez el néctar sí le da fuerzas, como le había dicho el pastor. Ebrio de alcohol se aleja de su última referencia, despreocupado, cantando en voz alta una tonada de labriegos, con la prudencia perdida y sin rumbo, por una tierra llana, yerma y ventosa. Sabe que ha llegado a un final y a un principio, y tantea el terreno con su vara, el cansancio anterior olvidado, los pies de nuevo vivos, resucitados de su duermevela de corcho. Avanza deprisa hasta que ocurre algo: el suelo frente a él ha desaparecido. “¿Qué diablos...?”, murmura, y por más que alarga su vara no encuentra nada. Se tumba y estira el brazo hacia abajo,

sujetando la vara por un extremo, pero no hay fondo, sólo pared perfectamente lisa, como una llanura vertical. Nunca se ha topado con nada parecido, pero nunca ha creído en el abismo, y en su afán por tocar tierra más allá se estira en exceso, pierde su frágil equilibrio alcohólico y se precipita al vacío.

Un soplo de viento frío la recorre, presiente que su espera será larga, que no hay nada más. Una lágrima, una sola, resbala por su rostro, cae al suelo y se quiebra en mil reflejos que ella no ve, sumida en sus tinieblas. Los últimos fulgores del sol de la tarde llenan de luz su vestido de lino.

La sala era blanca, deslumbrante, con focos halógenos que abrasaban desde el techo. Era la sala privada, la del tú a tú, la de los problemas, diáfana, pequeña como un cuarto trastero y además olía a clínica. Aurelia Belmonte, enfundada en un traje gris de mujer que le hacía parecer mayor de lo que ya era, de pie sobre sus zapatos de tacón, detrás de una mesa de escritorio, lanzaba reproches a un hombre de mediana edad, sentado frente a ella en una silla de oficina, cabizbajo, con la estampa de estar ante un confesionario.

—¿Te crees un dios?

—No —dijo Teo.

—¿Entonces?

—Es que me lo preguntó.

—Lo cual no es razón para decir que sí.

—Me pareció conveniente en ese momento —dijo Teo.

—Que te pareció conveniente —dijo Aurelia, fulminándolo con una mirada oblicua—. ¿Por qué?

—No lo sé, pensé que podría ser peligroso, y me pareció más seguro decir que sí.

Aurelia taconeó brevemente en el poco espacio del que disponía detrás de la mesa: dio dos pasos hacia un lado, giró sobre sí misma y volvió a su punto de partida, encarando a Teo.

—¿Qué hacías allí? Ese no era tu puesto —le espetó ella,

apuntándolo con la palma de la mano abierta— ¿Por qué quisiste hacerlo todo tú solo?

Teo se encogió de hombros, como un escolar cogido en falta, y protestó:

—Pero eso... no debería estar ahí. Antes no...

—Eso no es asunto tuyo —cortó Aurelia—. Querías llevarte el protagonismo, ¿no? Debe de ser eso, ¿qué otra razón ibas a tener?

—Yo sólo quería verlo de cerca —dijo apurado, sin atreverse a alzar la vista—. No sabía lo que iba a ocurrir.

Al verlo tan sumiso, Aurelia sonrió. Estuvo a punto de decirle: “¿Y tú eres un dios?”, incluso llegó a aspirar aire y sus labios dibujaron el comienzo de la frase, pero se contuvo.

—Vamos, vamos, sabes que estoy contenta con tu trabajo, que siempre lo he estado. En el fondo no tienes la culpa de que el único punto vulnerable, lo único que podría fallar, fallara. No estabas preparado para esa eventualidad, nadie lo estaba, porque no pensábamos que pudiera ocurrir. El caso es que ahora estoy en un buen lío.

—Pero eso no debería estar ahí, todas las fronteras son naturales menos esa.

—Calla, no empieces... Tampoco había antes centinelas, y ahora los hay. ¿Es eso natural?

—No, pero al menos no es peligroso para ellos —dijo Teo.

—Sí, eso es cierto. A veces me pregunto si no debería ser todo como antes, y dejarlos tranquilos, pero ya no hay vuelta atrás —la señora Belmonte suspiró, un poco inclinada, con las dos manos apoyadas en la mesa, y después se sentó, encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Teo.

—No gracias, no fumo —dijo él, alzando la vista por primera vez. Sus ojos tristes brillaron como espejos verdes.

—Teo, me vas a tener que ayudar en esto.

—¿Por qué yo? No sé si estaré a la altura. Soy un centinela, mi trabajo es vigilar, es lo único que sé hacer.

—Tú quisiste acercarte, y ahora eres en parte responsable de él —dijo Aurelia—. No te subestimes —se detuvo en la imagen del supuesto dios frente a ella, paradójicamente postrado en su silla, medio calvo, vestido como un obrero endomingado, elegante a destiempo, con un traje marrón pasado ya de moda, pero demasiado nuevo a fuerza de no usarlo, y una corbata de mercadillo mal anudada que dejaba al descubierto el primer botón de una camisa beige. Y se preguntó si no tendría razón el centinela y realmente no estaba preparado para otra cosa que su trabajo cotidiano—. Escucha, Teo —continuó ella, mirándolo con los ojos llenos de dudas—, ningún otro centinela trabaja tan cerca de la aldea como tú, y en el turno de día. Los conoces mejor que nadie y sabes distinguirlos. Y todavía más importante que eso es que él confía en ti, te considera su salvador. Ya ha preguntado por ti estos días.

Teo se revolvió en su silla, se puso cómodo, enderezó la espalda. Su frente brillaba bajo los focos, esmaltada por una fina capa de sudor.

—Haré lo que pueda —dijo.

Llamaron a la puerta. Se asomó una muchacha rubia, de pelo rizado y largo, y un brillo azulado en la mirada que recordaba al de Aurelia.

—Están todos ya en la sala principal —dijo la muchacha.

—De acuerdo —contestó Aurelia—, díles que ahora mismo voy.

La muchacha se marchó y volvieron a quedarse a solas.

—Eso era todo en realidad —dijo Aurelia—. En breve volveré a llamarte.

El centinela se puso en pie y se dirigió hacia la puerta

—Teo —dijo ella antes de que saliera—. No dejes que el papel que desempeñas se te suba a la cabeza. Eres igual que ellos, sólo que sabes cosas que ellos no saben.

—Sí, señora Belmonte.

—Puedes llamarme Aurelia. Me haces sentir como una oficial del ejército.

Teo musitó algo inaudible y la puerta se cerró tras él. En el silencio alabastrino de la sala, Aurelia apagó su cigarro, alicaída, con la misma estampa de confesionario que había mostrado Teo minutos atrás. “Vaya, estoy metida en un buen lío”, se lamentó.

### III

Olía a leche caliente y a dulces. Lucía entró en la habitación con el carrito del desayuno, con cuidado de no hacer ruido, pero el traqueteo incesante y el aroma eran ya la señal de un nuevo día. Encontró a Nadir despierto, como siempre, sentado en la cama, aguardando pacientemente su llegada, tranquilo y dócil, tan inocente que casi daba lástima. Desde que se encargaba de él en la residencia no había hallado nada del carácter salvaje que esperaba, que temía, influenciada por rumores vagos sobre los moradores de Gea. Aquel joven era muy distinto. Una rendija de luz brillaba en su pijama de franela, y se deslizaba por el suelo hasta las cortinas. Lucía las descorrió y abrió la ventana, y el rumor de la mañana entró en la habitación: voces débiles, el murmullo de una fuente, el amanecer de los pájaros entre los árboles, y el tráfico amortiguado por la distancia. Nadir mostraba un aspecto distinto a la luz del nuevo día: se había aseado y tenía mejor cara, no había rastro de los síntomas de agotamiento con los que había llegado. Lucía le quitó las vendas de las manos y los pies, y comprobó que las heridas habían sanado, sólo quedaban postillas que no tardarían en caer.

—Te recuperas muy bien, Nadir. ¿Te duele al caminar?

El archivero se levantó y anduvo unos pasos por la habitación.

—Ya casi no me duelen los pies. ¿Podré salir hoy?

—Sí, hoy te acompañaré a dar una vuelta por el jardín. Tienes que acostumbrarte poco a poco a tu nuevo entorno —se volvió hacia el carrito—. Te he traído ropa limpia, creo que es de tu talla. Ahora desayuna tranquilamente, vístete y después vengo a recogerte.

Lucía dejó la ropa sobre la cama, muy cerca de Nadir, y salió de la habitación. Más tarde, cuando volvió a entrar lo encontró vestido, pero con todos los botones de la camisa y el pantalón desabrochados, y una chaqueta fina puesta del revés.

—¡Lo siento!, se me olvidó decirte cómo hay que ponerse esta ropa.

—No lo he hecho bien, ¿verdad?

—Casi bien —dijo Lucía, sin poder reprimir una sonrisa al observar de nuevo su aspecto desaliñado—, pero tiene fácil arreglo.

Le quitó la chaqueta, tomó sus manos en las de ella y le mostró la manera de abotonar la camisa. Nadir sintió la piel suavísima de la muchacha y se encontró envuelto en una fragancia de vainilla, tan intensa que dejó de prestar atención a los botones, maravillado por el aroma. Lucía se dio cuenta de que no seguía sus instrucciones.

—¿Te resulta muy difícil? ¿Quieres que vaya más despacio?

—No. Es que nunca pensé que alguien pudiera oler tan bien.

—Ah, gracias, es el perfume, no es que yo huela así...

La muchacha se ruborizó. Nadir no pudo ver cómo su rostro se sonrojaba, pero notó que sus manos se humedecían y que su calor corporal aumentaba. Ella se culpó por su descuido, por no haber tenido en cuenta que la percepción de su paciente era distinta y que podían impactarle cosas que normalmente pasaban desapercibidas. Agitada, con el pulso un poco tembloroso, consiguió abotonar su ropa, le colocó

bien la camisa y entró un momento al baño a lavarse la cara y el cuello con agua fresca. No debía oler, no debía llamar tanto su atención. Mientras se secaba, le agradó ver a Nadir aseado y vestido como un ciudadano de Aurora. Le tranquilizó que tuviera un aspecto tan familiar.

—¿Estás listo para salir?

—Sí.

—Entonces vamos. Yo te guiaré y te iré contando cómo es todo.

Salieron. Dejaron atrás pasillos largos que olían a puré de verduras y a sopa de comedor. Se cruzaron con algunos ancianos que caminaban con dificultad, o que permanecían detenidos junto a las paredes, igual que estatuas de cera contraídas. Les dirigían miradas de soslayo, como hacían habitualmente cuando veían un extraño en la residencia, pero nadie se sorprendió en exceso, nadie sospechó del origen exótico del archivero. Nadir se movía con soltura siguiendo las indicaciones discretas de Lucía, que a veces lo cogía del brazo cuando debía doblar una esquina o detenerse. El jardín les recibió con una luz quebrada por las nubes de primavera, dispersas en el cielo en cúmulos densos. En el centro, una fuente de piedra marcaba el paso del tiempo con el chapoteo del agua. Plantas trepadoras nacían en el estanque y se desbordaban por sus paredes hasta el suelo, cubriendo de hojas verdes la pared blanquecina. Lucía describía lo que veía y Nadir parecía memorizarlo todo, preparándose para recorrer él solo la misma ruta que estaba aprendiendo.

—Sobre la fuente se alzan unas acacias centenarias que dan sombra en los días soleados. ¿Sabes qué es la sombra?

—Sí, la sombra es un lugar fresco.

—Entre los árboles hay caminos para pasear y bancos para sentarse a descansar o a leer.

—Me gustaría mucho leer sobre Aurora, ¿me podrías dejar algo para leer? En Gea soy el archivero, conozco todo lo que hay en la biblioteca.

—Nuestros libros son distintos —dijo ella—. No son de arcilla sino de papel, un material muy fino en el que están pintadas las letras.

—No importa, aprenderé.

Lucía lo miró en silencio, sin atreverse a decirle que nunca podría. Se adentraron por un camino amplio bajo las acacias. Bramó un trueno lejano anunciando tormenta y una ráfaga de viento agitó las hojas. Oyeron voces y risas delante de ellos.

—Allí están jugando a las cartas, cuatro ancianos sentados en torno a una mesa. Es un juego muy popular en Aurora. Ven...

Lo desvió del camino hacia una zona de césped. Una gota aislada cayó en la frente de Nadir, que se inquietó:

—Parece que va a llover.

—Sí, está el cielo cubierto de nubes —dijo la enfermera—, será mejor que vayamos a cubierto. Te enseñaré el resto del edificio.

Entraron por una puerta que daba al salón de recreo. Muchos mataban el tiempo frente al televisor, absortos en la contemplación de la pantalla luminosa; otros estaban sentados alrededor de mesas cuadradas, jugando a las cartas o conversando mientras esperaban la hora de la comida. Se alzaba en la sala un bullicio de voces roncas y risas gastadas por la edad, voces viejas que llamaron la atención del archivero.

—Lucía, ¿por qué son todos ancianos?

—Casi todos son ancianos, pero hay también jóvenes que no pueden valerse por sí mismos. Es una residencia adecuada para que te adaptes a la ciudad, aquí estarás tranquilo y bien

atendido de momento.

—Entonces, ¿el resto de Aurora no es así?

—Aurora es grande, es cientos de veces mayor que la aldea de Gea. Encontrarás de todo: niños, jóvenes y viejos. Te cansarás de conocer gente.

—Cientos de veces mayor... —murmuró Nadir, tratando de imaginar la magnitud de la población.

—Ven, sigamos.

Volvió a llevarlo del brazo y le ayudó a cruzar el salón, entre las mesas y las sillas. A Nadir le impresionaba la destreza de Lucía, su manera rápida de moverse, de sortear los obstáculos anticipándose a ellos, e incluso de evitar a personas que se encontraban en medio, en lugares imprevisibles. Ella continuó con sus descripciones:

—Este es el comedor. Ahora está vacío, pero pronto se llenará y se montará un buen alboroto. Ya están todas las mesas preparadas, con platos, vasos y cubiertos. Al fondo está la cocina, y parece que los cocineros no han terminado aún de hacer la comida. Tú no necesitarás venir, mientras te alojes aquí te llevaré la comida a la habitación. Estos comen muy temprano, y además no te dejarían tranquilo...

El archivero no llegó a escuchar las últimas palabras, absorto en sus pensamientos.

—Lucía, ¿cómo sabes todo eso?

—¿A qué te refieres?

—Todas las cosas que sabes, como si pudieras adivinar lo que está sucediendo.

Lucía dejó escapar una risa espontánea.

—Ay, Nadir, aquí todo es tan rutinario que te lo podría contar de memoria. Yo no puedo decirte más, pero pronto te darán una respuesta mejor.

Entraron de nuevo en pasillos amarillentos sin fondo. Los

zapatos de Lucía, de suela dura y tacón bajo, golpeaban en las baldosas y llenaban de eco los espacios vacíos. Su presencia, en aquellas cavidades solitarias, era desbordante: su perfume (ella no lo sabía) seguía inundando el aire, y su caminar era el más sonoro que Nadir había escuchado nunca. La fascinación que le producía la muchacha le incitaba a tocarla, a descubrir los rasgos de su rostro y a recorrer su cuerpo con las manos, pero se sentía intimidado en aquel lugar desconocido donde todos eran distintos. No podía ver el resplandor dorado de sus cabellos, ondeando al ritmo de sus pasos, ni el fulgor azulado de sus ojos, ni su cuello pálido sobre la bata blanca, ni sus labios encendidos de carmín. No sabía que ella cada vez lo veía más exótico y apuesto, que le cautivaba su melena ondulada y oscura, su tez morena y el misterio de sus ojos que miraban sin ver. Se detuvieron en un descansillo. Lucía lo miró y sintió un escalofrío cuando él volvió su rostro hacia ella. En el silencio que siguió a aquel instante se aceleró su respiración, y se alarmó aún más al percatarse de que él se daría cuenta, y entonces se acaloró sin poder evitarlo, consciente de que la percepción penetrante del hijo de Gea desnudaría su rubor. Nadir, con el pensamiento detenido ante el narcótico embriagador de las esencias perfumadas y los vapores del cuerpo de la joven, acercó una mano temblorosa a sus cabellos suaves y llegó a rozarlos. Desde su aislamiento ensimismado, ambos oyeron unas voces amortiguadas como si procedieran de un sueño:

— ¡Lucía! ¡Lucía!

Nadir retiró súbitamente su mano. La muchacha volvió en sí justo a tiempo para ver a una enfermera que se acercaba a ellos desde el fondo del pasillo, caminando a trompicones, casi corriendo.

— Lucía, te he buscado por todas partes — dijo cuando

llegó, y después se arrimó a ella y le susurró unas palabras al oído.

La presencia de la mujer fue un sedante que descargó bruscamente la atmósfera de deseo. Todavía afectada por el repentino ardor que había invadido su cuerpo, Lucía, en un gesto inconsciente, se atusó dulcemente los cabellos (al retirar los bucles de su rostro dejó al descubierto las mejillas sonrojadas en su piel pálida), miró al archivero y esbozó con esfuerzo una sonrisa:

—Nadir, parece que tienes visita.

La puerta se abrió, y sobre la mesita cuadrada, en el centro de la sala de visitas, los folios se alzaron en un vuelo liviano, circular, decorando el aire con su inocencia blanca, ante la mirada atónita de los presentes. La corriente se colaba a través de un amplio ventanal que daba al jardín, donde la fuente infatigable, bajo las nubes tibias, seguía vertiendo sus aguas con cadencia monótona. Lucía se adelantó, cruzó rápidamente la habitación y cerró la ventana. Uno de los folios cayó a los pies de Nadir, que había aparecido en el umbral de la puerta y permanecía allí muy quieto, con una mano apoyada en el marco. Estaba aseado y vestido como un ciudadano de Aurora, con una camisa blanca que olía a plancha, que se diría que aún estaba caliente al tacto. Se hacía difícil pensar que no hubiera pertenecido siempre a la ciudad, y que pocos días atrás vivía aún en la aldea, aunque un examen más minucioso revelaba en él algo distinto, tal vez en su manera de permanecer inmóvil, con una mueca de incertidumbre en sus labios, como desorientado, desarraigado, la mano aferrada al marco como si fuera una necesidad hacerlo, no una mera pose fortuita. Teo, que esperaba sentado en una silla, se levantó en cuanto lo vio y acudió a saludarle.

—Me han dicho que el descanso te ha sentado bien, Nadir, y que te encuentras mucho mejor.

—Es cierto—dijo el archivero, que abandonó súbitamente su trance de estatua y buscó a Teo en el aire con su mano libre—. Me alegra encontrarte de nuevo.

—Te presento a Aurelia Belmonte —Teo se volvió y la señaló con el brazo, en un gesto que pasó inadvertido al archivero—. Ella se encarga de todo lo relacionado con Gea aquí en Aurora.

La señora Belmonte, enjuta, con una expresión sobria en su rostro (dos grandes arrugas nacían en su nariz y morían en las comisuras de sus labios), saludó al archivero.

—Estos días sólo se habla de ti en el trabajo —dijo ella—, tenía muchas ganas de conocerte. He venido personalmente para asegurarme de que te encuentras bien. Enseguida saldremos. Nos esperan otras personas que quieren conocerte, y también intentaremos resolver algunas de las dudas que seguro que tienes.

—¿Volveré a este lugar? —preguntó el archivero—. Lucía se ha portado muy bien conmigo.

—Sí, no estarás fuera mucho tiempo, sólo unas horas —Aurelia miró a la enfermera para indicarle que debía esperarle, pero también era una mirada de aprobación, de trabajo bien hecho—. Después te traeremos de vuelta. Lucía te esperará aquí. Ella es de toda confianza, es mi sobrina, y sé que habrá hecho lo posible para que estés bien cuidado.

Se despidieron de la enfermera y bajaron al garaje, donde les esperaba el todo terreno del centinela, que Nadir reconoció en cuanto se acomodó en el asiento trasero. Rugió el motor, y el olor intenso del gasoil penetró en el habitáculo. El fulgor grisáceo de la ciudad surgió al final de la rampa de salida.

—Bienvenido de nuevo a Aurora, Nadir —dijo Teo—. Cuando llegaste la ciudad dormía y tú estabas demasiado cansado para oírla —presionó un botón y bajó las ventanillas.

Tuvo que elevar el tono al hablar de nuevo—: Escucha el rumor de Aurora. Ahora te resultará extraño, pero te acostumbrarás.

Los sonidos saturaron los oídos de Nadir, igual que el resplandor de un día luminoso deslumbra los ojos. El ronroneo de otros coches se alzaba sobre centenares de pasos, voces, y ruidos confusos. El aire entraba por la ventanilla cargado de humo y olores aceitosos.

—¿Cómo consigues orientarte? —preguntó Nadir— ¿Por qué va este coche a donde tú quieres?

La señora Belmonte, desde el asiento del copiloto, volvió la cabeza para hablar al archivero:

—Entenderás todo mucho mejor cuando te expliquemos algo que aún desconoces. Hoy es un gran día, Nadir, hoy vamos a decirte todo lo que quieras saber, y también otras cosas que no te esperas.

Se acercaron al centro y creció aún más el zumbido de Aurora. Los nubarrones oscuros que cubrían el cielo comenzaron arrojar gotas gruesas, cada vez con más fuerza, hasta que se precipitó la lluvia tormentosa. La marcha se ralentizó entre coches y semáforos, y las aceras se llenaron de paraguas heterogéneos, mezclados en un caos de colores, alturas y tamaños. Teo se vio obligado a subir las ventanillas, y la voz de la ciudad quedó amortiguada por el repiqueteo del agua en los cristales.

—¿Puede el coche tocar canciones, como la otra vez? —preguntó Nadir.

—¿Qué quieres decir?

—La última vez sonaron canciones.

—Ah, ¡la radio!

La encendió, vibraron acordes de guitarra eléctrica sobre un fondo de batería pop, y una voz ronca comenzó

a cantar. Nadir se quedó absorto, transportado por el ritmo acelerado de la percusión y las resonancias desgarradas de los instrumentos. Trató de localizar la voz del cantante, que procedía de varios sitios y llenaba el habitáculo.

—¿El coche sabe hablar? ¿Está vivo?

La pregunta provocó la risa de Teo, espontánea y afectuosa, de ninguna manera burlona, pero la señora Belmonte contestó con seriedad:

—El coche no está vivo, es sólo una máquina, una herramienta. Lo que oyes es una voz grabada, almacenada en un material.

—Ah, algo así como la palabra escrita —dijo el archivero—, pensamientos almacenados en un material.

—¡Exactamente! —exclamó Aurelia, sorprendida por la respuesta—. Me parece que te adaptarás muy rápido a Aurora.

—No sé, es increíble que un escrito pueda hablar...

El coche se detuvo ante la puerta de un garaje, en los bajos mugrientos de un edificio de oficinas. El ruido de la lluvia cesó de pronto cuando entraron en el sótano.

—Ya hemos llegado —dijo Teo—. Vamos, ya estarán todos arriba.

Subieron diez plantas en un ascensor chirriante y se aparearon frente a un cartel blanco con letras verdes: “Fundación Gea”. En una sala amplia de reuniones les esperaban tres personas pertenecientes a la Fundación, que no dejaron de tomar notas desde que vieron aparecer a Nadir. Teo se quedó a esperar fuera. Después de las presentaciones (el archivero supo entonces que la señora Belmonte era la directora de la Fundación Gea, y que las otras personas eran un antropólogo, un psicólogo y un abogado, oficios que no conocía y que le intentaron describir brevemente) se sentaron alrededor de una mesa ovalada, todos menos la directora, que permaneció

en pie en un extremo:

—Hemos llevado este asunto con la máxima discreción. Nadie fuera de la Fundación conoce tu origen. La residencia también pertenece a la Fundación, y aun así sólo Lucía lo sabe. Cuando estés preparado para desenvolverte por ti solo en la ciudad podrás cambiar de alojamiento, pero hasta entonces permanecerás allí. Ahora debes ser siempre discreto y no hacer preguntas a gente que no conozcas. Y sobre todo no reveles nunca tu origen si quieres llevar una vida tranquila. Ahora eres un ciudadano de Aurora.

El archivero quiso preguntar cuándo podría regresar a su aldea, pero no se atrevió por temor a ofender a sus anfitriones. La directora inició un discurso sobre Gea y Aurora que recordó al archivero los escritos de la biblioteca. Con palabras dirigidas a él, declaró que se encontraban en una extensión de tierra rodeada por el mar, y que más allá se extendía un mundo enorme donde había más tierra y más ciudades, muchas de ellas mayores que Aurora. Aunque trataba de expresarse con claridad, algunas palabras eran desconocidas para el archivero, al que a veces le costaba esfuerzo seguir el hilo del discurso. Nadir aprovechó una pausa para hablar:

—De modo que los escritos sobre los antiguos son ciertos.

—Supongo que sí —contestó uno de los hombres—, y que muchos de los textos que tenéis en la biblioteca son fieles a la historia. Los antiguos os enseñaron su idioma, nuestro idioma, y su escritura, y gracias a los textos habéis conservado su manera de hablar a lo largo de los años, igual que nosotros, y aunque parezca sorprendente nos entendemos sin demasiada dificultad. Ellos edificaron la biblioteca y el templo, levantaron el puente sobre el río, os enseñaron a mejorar vuestros cultivos, a curtir la piel de vuestros animales

y a tejer la lana, a hacer queso y vino, y muchas otras cosas que utilizáis en vuestra vida cotidiana. Tendrás tiempo de profundizar en todo eso.

—Entonces vosotros sois sus descendientes... —dijo Nadir.

La señora Belmonte asintió. Seguía en pie, como solía hacer habitualmente cuando tenía que dar una charla: le parecía que así su voz llegaba más clara y que su autoridad se transmitía mejor desde la altura. Sus zapatos de tacón le ayudaban a disimular su baja estatura y le hacían adoptar una postura excesivamente erguida, de maestra. Bajó la vista hacia un portafolio abierto sobre la mesa, y sus cabellos lisos, cortados en media melena, ocultaron parte de su rostro. El archivero volvió a preguntar:

—¿Por qué os marchasteis?

La directora le dirigió una mirada azulada al tiempo que apartaba los cabellos de su rostro, en un gesto parecido al de su sobrina, más pausado, más experto.

—Esa cuestión no es fácil de contestar, ni siquiera nosotros estamos seguros.

—Pero he leído que hubo una buena convivencia... — insistió el archivero.

—Hay un motivo, pero otra persona te lo explicará mejor que yo, una persona muy especial que te ayudará a integrarte en nuestra ciudad.

—¿Quién es?

—Tu padre —dijo la directora—. También se aloja en la residencia. Hoy le hemos comunicado que estás aquí y está ansioso por hablar contigo.

Nadir no supo qué decir. Empezó a acalorarse. Durante tanto tiempo había dado a su padre por desaparecido que no se le había ocurrido que pudiera estar tan cerca, durmiendo

casi bajo su mismo techo, y en ese momento se sintió culpable por no haber preguntado antes por él.

—Tal vez os podáis reunir esta misma tarde —continuó la directora—. Pero antes —carraspeó para aclarar su voz— hay otra cosa que deberías saber, una verdad que cambiará tu vida y tu idea del mundo. Es esencial que la conozcas para vivir en Aurora.

El archivero alzó el mentón, como si así pudiera oír mejor. Recordó las palabras inmortales que tantas veces había leído en sus tardes solitarias, encerrado entre muros gruesos, nutriéndose de pasajes que le hacían evadirse de su aldea y le abrían horizontes poblados por el mito, siempre con la duda de su veracidad, de su realidad empañada por el vaho del tiempo. Ahora una boca extraña acudía a despejar las dudas, a revelar lo que ya le había sido sugerido cuando respiraba el aliento de la piedra, entre los estantes llenos de historias, sobre las losas pulidas que siempre pisaba descalzo, como si entrara en un santuario, su hogar, el único refugio que el niño huérfano compartía con su padre desaparecido.

—Nadir —dijo otro de los hombres—, has corrido un gran riesgo al abandonar tu aldea para adentrarte en unas tierras que no conocías. Has puesto en peligro tu vida y has dejado atrás a tus seres queridos. Quizá no te guste lo que voy a decirte, pero al menos te puedo asegurar que tu esfuerzo no ha sido en vano.

Habían entrado otras personas que ocuparon las sillas en torno al óvalo de la mesa. Un murmullo creció en la sala. En la breve espera el archivero se revolvió inquieto en su asiento. La directora ordenó silencio y las voces se apagaron.

Al terminar la reunión, cuando Teo lo vio salir, lo encontró terriblemente pálido, la expresión afligida, el rostro brillante

de sudor, la camisa todavía impecable, resplandeciente, pero colgada de una percha abatida. Iba cogido del brazo de la directora, que lo guiaba fuera de la sala.

—Quiere ver a su padre —dijo ella—. ¿Me harás el favor de llevarlo de vuelta?

—Claro —dijo Teo—, no faltaba más. ¿Cómo ha ido todo?

La pregunta era para el archivero, pero no se dio por aludido, las palabras parecieron traspasarlo y llegaron directamente a Aurelia.

—Necesitará un tiempo para asimilar lo que ha aprendido hoy —dijo ella—. Pero por lo demás, creo que todo irá bien.

De camino a la residencia, solos los dos, Teo se limitó a hacer de chofer y Nadir se dejaba llevar en el asiento trasero, pensando en lo que le habían contado. El zumbido del motor, ese silencio hecho de ruidos, se alzó monótono durante el trayecto, pero finalmente, poco antes de llegar, Nadir se inclinó hacia delante y apoyó una mano en el asiento de Teo.

—Por favor, cuéntame cómo es Gea, cuéntame lo que ves.

Fueron dos gotas nada más, una a cada lado del cuello. Dudó frente al espejo, mientras enredaba con sus dedos en los bucles rubios de su pelo, como hacía siempre ante una decisión difícil. Su bata blanca, ceñida al talle, le daba un aspecto serio, profesional, y lucía con orgullo su nombre en una plaquita prendida en el pecho: «Lucía Belmonte, Fundación Gea», pero en la mirada indecisa de sus ojos azules, en el fulgor rosado de sus mejillas y en las pecas pálidas de sus pómulos veía aún a la colegiala que nunca había dejado de ser, insegura, y un poco regordeta para su gusto. Sujetó el frasco de perfume, lo alzó levemente y lo contempló con reverencia, deliciosamente consciente de que su interior encerraba el poder destilado de la feminidad. Se aplicó dos gotas mínimas y las extendió por su piel, bajo el nacimiento de sus mejillas, trazando círculos delicadamente con las yemas de los dedos.

El aroma que ella apenas notó fue una inyección de ánimo para Nadir, que esperaba consternado en el recibidor, escuchando las palabras de Teo, que trataba de animarle. El archivero, repantigado entre cojines con los hombros hundidos, como agotado por un esfuerzo físico, se irguió al sentir el taconeo balsámico de Lucía. Ella y el centinela eran sus únicos vínculos afectivos con Aurora, ese mundo demasiado amplio en el que se hallaba perdido. La enfermera lo sujetó con firmeza del brazo y le ayudó a levantarse. Los

pasillos se le habrían hecho muy largos de no haber sido por ella, que lo envolvía en su estela y lo confortaba con palabras cálidas, haciéndole pensar que tal vez existía allí un hueco para un ser incompleto como él. Inquieto por la idea de reencontrarse con su padre, casi no comió. Lucía retiró el carrito y salió de la habitación.

—Tu padre vendrá enseguida.

Fue lo único que dijo, y cerró la puerta, y el aroma de su cuello terso se precipitó lentamente hasta desaparecer. Nadir apenas tuvo tiempo a cambiar de postura, permanecía sentado en una silla frente a la ventana cuando la puerta se abrió y entró una respiración pesada.

—¿Padre?

—Nadir, ¿eres tú?

El archivero reconoció la voz del padre, grave, adornada de los mismos matices que había oído desde su niñez, esa época en la que fue feliz, antes de que la vida le mostrara las imperfecciones de las desapariciones y la muerte. Se abrazaron largamente, y después Nadir recorrió con sus manos el rostro del padre, surcado por los años, casi tan áspero como el del pastor viejo, y el padre hizo lo mismo a su vez, y descubrió en el hijo adulto los rasgos del niño.

Cómo has cambiado, hijo, ahora te pareces más a mí, o más bien a como yo era antes. ¡Y eres más alto que yo! La última vez apenas me llegabas a la cintura, y en cambio ahora... Si es que yo voy hacia abajo y tú hacia arriba.

—Qué va, yo ya no crezco más, padre.

Rieron. Nadir le invitó a sentarse, guiándolo con la mano hasta una silla.

—Estaba tan ansioso por encontrarte que casi he venido corriendo por los pasillos. Las prisas me matan.

—Tranquilo, tenemos toda la tarde —dijo Nadir.

El viejo se tomó un tiempo para calmarse.

—Ojalá no me guardes rencor.

—No, ya no. Lo hice durante mucho tiempo, pero ahora creo que al fin he podido comprenderte.

—No me habría marchado si no hubiera estado tu madre para cuidar de ti y tu abuelo para transmitirte el oficio. ¿Me llegó a perdonar ella? La he echado tanto de menos...

—Sí, padre —contestó sin dudar, pero en realidad no lo sabía, no estaba seguro de que su propia madre pudiera responder a esa pregunta sin un asomo de duda y de reproche en su voz. El viejo resopló aliviado. Se inclinó en su silla y puso una mano sobre la rodilla del hijo.

—Cuéntame, háblame de ella. Es muy poco lo que me dicen aquí.

Nadir le habló de los últimos días de la madre, del mar revuelto que se la llevó en un descuido, el abrazo de una ola traicionera que se adentró en la playa y la atrapó con sus garras de agua. Y del abuelo, que la sobrevivió, murió mansamente mientras dormía y fue enterrado a los pies de la loma una tarde de otoño, bajo el suelo alfombrado de hojas, cuando Nadir ya había crecido, ya tenía los conocimientos del archivero anciano y estaba preparado para afrontar la vida (Ana ya estaba a su lado aquella tarde, y apoyaba dulcemente la frente en su hombro). Nadir habló también de los últimos años en la aldea y de su gente, de las mujeres laboriosas, los labriegos, los artesanos, los pastores... El padre escuchó complacido, pero la lejanía en el tiempo empañaba sus emociones y las convertía en una nostalgia vaga, como si todo aquello perteneciera a otra existencia.

—Espero que descansen en paz, allí donde estén —dijo— Sólo deseo eso.

—Padre, ¿por qué no volviste?

—Hijo... —se detuvo antes de continuar, meditando sus palabras, pero decidió ser franco—. Pensaba que ya te lo habrían dicho: no se puede volver.

—¡Pero eso no puede ser! Prometí a Ana que volvería.

—¿Y crees que yo no le prometí lo mismo a tu madre? ¿Crees que os habría dejado solos si hubiera podido volver? Está prohibido, no quieren que allí se sepa nada sobre el resto del mundo, no quieren que haya interferencias, para que la forma de vida original de la aldea se conserve.

—Si tan solo pudiera hacer llegar un mensaje...

—No se puede, el valle está completamente aislado— sentenció el padre.

Nadir tuvo la extraña sensación de sentirse prisionero, precisamente cuando había descubierto las anchuras infinitas del mundo. Se levantó y se acercó a la ventana. Fuera aún llovía, el viento silbaba a través de los cristales y ahogaba la cadencia sosegada de la fuente. Trató de serenarse, y de pronto recordó algo, buscó su zurrón y revolvió en su interior.

—El aislamiento no es perfecto. Se colaron los objetos extraños que conservamos en el museo, y también esto... —dijo, y entregó a su padre la tablilla que tenía guardada. El viejo la reconoció por su forma antes de leerla.

—¡La has traído! Qué lisa es, y qué perfectos sus contornos. Es de piedra pulida, ahora lo sé, he podido tocar otros objetos parecidos aquí en la ciudad.

Deslizó sus dedos por los surcos y surgieron las palabras: *“Avanzáis por un sendero angosto pensando que no hay más caminos, que todo muere más allá de esta tierra que es vuestro mundo, pero un velo tupido os impide conocer el cielo, os mantiene en las sombras sin que sospechéis cuánto os está oculto...”*

—Todavía recuerdo su contenido de memoria, a pesar de los años. Hijo mío, esta tablilla apareció en la playa, a los pies

de la aldea, hace mucho tiempo. Es la más extraña y tal vez la más valiosa que tenemos.

—Sí, lo sé, el abuelo me lo dijo. Alguien de Aurora debió de introducirla en secreto. Ya no quedan archiveros en la aldea, por eso la traje conmigo.

—Esperaba que mantuvieras la tradición, ahora nadie tendrá la oportunidad de conocer la verdad...

—¿Y qué nos ha dado la verdad? Hasta ahora sólo ha causado daño.

—Y sin embargo te gustaría volver.

—Sí.

—¿Y revelarles lo que has descubierto?

Nadir dudó.

—No lo sé, ¿crees que es preferible el aislamiento?

—Lo que yo crea es indiferente, hijo, ellos son demasiado poderosos. Lo mejor que puedes hacer es marcharte de esta residencia y conocer la ciudad, aprovechar la oportunidad que se te brinda ya que no hay otra alternativa.

—Pero tú sigues aquí, en la residencia.

—No sigo, volví, éste es un buen lugar para un viejo cansado como yo. En la ciudad tuve una mujer, pero nos separamos. Ya nada me ata allí. Antes tuve otras amantes, pero a todas acabé dejándolas. ¡Ay! —suspiró—, no hay amantes como las mujeres de Gea.

—¿No tuviste hijos?

—No. Hay un problema —dijo el padre—. Nuestros hijos nacen todos sin el poder, y eso hace que las mujeres se lo piensen. En Aurora nos llaman los hijos de las sombras.

—Los hijos de las sombras —repitió Nadir, sin acabar de entender lo que había oído.

—Sí, los antiguos tal vez se habrían quedado en nuestra aldea si no fuera por eso. Dicen que se mezclaron con

nuestros antepasados, tuvieron hijos, pero todos nacían como nosotros, así que, finalmente, la mayoría decidió abandonar Gea. Fundaron esta ciudad y la llamaron Aurora en nuestro honor. Es una palabra que se refiere a la sensación del amanecer.

Fue una revelación devastadora que hizo entender a Nadir la separación entre dos pueblos vecinos y dos realidades distintas. Se sintió abrumado, indefenso ante el poder de los que consideraba semidioses, atrapado sin poder regresar a su hogar, y además maldito por pertenecer a una estirpe condenada a las sombras. El pecho se le oprimió de angustia.

—Necesito estar solo, padre. Hoy ha sido un día demasiado largo.

El padre se levantó pesadamente. En un gesto de profunda comprensión, puso la mano sobre el hombro del hijo, que permanecía sentado, luchando con el lastre abrumador de sus verdades.

—Tenemos que contentarnos con lo que tenemos, hijo.

Y se marchó, arrastrando los pies al caminar. Nadir aguantó hasta que dejó de oír sus pasos y después lloró amargamente. Lucía, que esperaba fuera, sentada pacientemente en un banco en el pasillo, oyó sus lamentos, que se escapaban por la puerta entreabierta, pero no se atrevió a entrar. La temperatura aumentó de pronto. A través de la ventana, el sol asomaba tímidamente entre nubes grises. El archivero sintió el calor de ese sol siempre tan quieto, tan callado, que sin embargo parecía hablar a otras personas y a otros ojos, y revivió la reunión en la ciudad.

Ya estaba allí, antes de que el archivero se marchara de su aldea arrinconada, antes de que atravesara los bosques hirientes. Gea estaba llena de esa sustancia que se desbordaba por el cuenco de su valle y sus cerros, pero allí nunca había oído brotar de unos labios la palabra breve, sintética, inmensa: luz. Revelaba los espacios, retiraba el velo que cubría los objetos, y obligaba a la noche a ocultarse tras su capa y dejar de mentir a medias con su negro secretismo. Los pastores de Gea sabían que sus perros tenían un don: en las praderas abrumadas por el lamento del invierno, cuando el viento frío se llevaba los olores, encontraban a la oveja descarriada, se alzaban sus ladridos y respondían fieles a un gesto de su amo, el simple alzar de un brazo o una mano extendida. Sabían que su don iba más allá del olfato, pero no sospechaban que teñía de verde los campos, convertía en jeroglíficos las ramas de los árboles, recortaba contra el firmamento las crestas de las montañas, llenaba de azules y espuma el mar, laceraba el horizonte en el crepúsculo, moteaba de estrellas la cúpula celeste, dibujaba senderos de luna en la bahía y plateaba la arena de la costa como un fragmento de uña en la noche. No sabían que los ojos que se llenaban de lágrimas en la desgracia, a veces incluso en la risa o ante el azote del viento, servían para algo más que para ser contenedores húmedos, mensajeros de emociones, bocas tapadas que en algún tiempo tal vez

hablaron. Habría sido más sencillo, más fácil de entender, haber encontrado un abismo más allá de las fronteras, o una tierra poblada por seres ilusorios, en vez de descubrir que existía una luz que siempre estaba presente y nunca podría ver. Nadir concentraba las miradas de todos los que se habían dado cita en la sala, alrededor de la mesa ovalada. La piel de su rostro reflejaba el brillo del sudor bajo los focos halógenos, que le oprimían, pero su calor surgía de dentro, del bochorno visceral de no poder comprender.

—Entonces, los ojos, ¿sirven para... ver?

—Así es —dijo la directora—, sirven para ver a la mayoría de las personas. Vosotros tenéis ojos, y parecen iguales a los nuestros, asombrosamente iguales de hecho, pero hay algo que les impide realizar su función, un rasgo hereditario que se transmite de padres a hijos. Por eso ninguno habéis podido ver nunca.

Una incómoda sensación (nunca hasta entonces se había sentido inferior) creció en el interior del archivero al conocer su carencia, un complejo naciente que no le impidió seguir preguntando:

—¿Hasta dónde se puede llegar a ver?

—La vista puede abarcar distancias inalcanzables. Si el objeto es lo suficientemente grande y brillante se puede ver a distancias que son millones de veces vuestro valle. El mismo sol está fuera de este mundo, y cuando el sol se oculta aparecen otros soles mucho más distantes. Allí, en los objetos más lejanos que podemos percibir, se encuentran los límites de lo que conocemos.

—Creo que la luz y el sonido se deben de parecer bastante —dijo Nadir—, sólo que la luz abarca más distancia.

—La luz llena el espacio, como el sonido. Pero por lo demás no se parecen...

La directora no siguió adelante, sabía que era inútil tratar de explicar la claridad, los brillos, los contrastes, los colores... Sintió el raro placer de volver a encontrar lo extraordinario en lo cotidiano. Lo obvio, lo que por todos era conocido, era un privilegio insólito desgastado por la rutina. Deseó no olvidarlo, acordarse del archivero cada vez que abriera los ojos para ver y para admirar, no solamente para mirar.

—Si quieres te puedo hacer una pequeña demostración —dijo uno de los hombres de la sala—, para que intuyas la diferencia.

—Sí, por favor —dijo Nadir.

—Está bien. Haz algo que no se pueda percibir con ninguno de tus sentidos: haz una mueca, una señal con la mano, mueve un brazo... Lo que quieras. Te diré al instante lo que estás haciendo, sin necesidad de tocarte.

El archivero alzó su mano izquierda y levantó el dedo índice.

—Has levantado el dedo índice de tu mano izquierda.

La respuesta inmediata del hombre le hizo fruncir el ceño.

—Y ahora acabas de fruncir el ceño.

“De modo que todo eso lo saben por la luz”, pensó el archivero, que ya había tenido antes, desde que estaba en Aurora, la extraña sensación de que los otros adivinaban lo que hacía. Se llevó una mano al mentón espontáneamente, sin contar con que aquello también formaba parte de la prueba. Esta vez fue la directora, divertida con el juego, quien lo delató:

—Ahora estás acariciándote el mentón con una mano.

Nadir casi no se atrevía a moverse, intimidado ante esas personas que conocían todos sus gestos.

—¿Podéis saber cómo es mi rostro, sin tocarlo tampoco? —preguntó, y la directora se apresuró a contestar:

—Claro, Nadir, tu rostro es ovalado, con una nariz larga y labios gruesos. Tienes la frente amplia, y tus cabellos son largos y ondulados, llegan casi hasta la altura de tus hombros. Además, pero eso no lo puedes saber, son oscuros, y tienes unos grandes ojos del color de la tierra.

Creció el murmullo a su alrededor, demasiadas respiraciones se agitaban en la sala. El archivero no sabía qué hacer, ni dónde meterse, intuía que todos estaban pendientes de él, sentía la presión de esas miradas que lo sabían todo.

—¿Podéis enseñarme? ¿Podré yo algún día saber esas cosas?

—Me temo que no —contestó tristemente la directora—. No es cuestión de aprender, hay cosas que o se nace con ellas o no se pueden tener nunca.

En el salón de recreo estaban los de siempre, anclados en torno a un par de mesas toscas, jugando ruidosamente a las cartas. Ceños fruncidos, voces roncadas, miradas graves como si hubiera dinero en juego, aunque sobre el tapete sólo apostaban fichas de plástico. En una esquina, el televisor recitaba las noticias de sobremesa con monotonía fúnebre, ante un pequeño grupo de octogenarios dispersos en los sofás, hombres y mujeres ya demasiado vividos, cansados, hechos de pantalla luminosa y de tardes muertas. En la puerta del jardín el día se filtraba por la cortina, blanca y liviana, que ondeaba suavemente, como el velo de una boca que respira. Lucía la deslizó y salió fuera, y el sol encendió la llama de sus cabellos rubios. Se adentró por un camino terroso entre árboles frondosos (a un lado y a otro palidecían los viejos, descoloridos de permanecer tanto tiempo entre paredes), envuelta en olores a savia y a verano, bajo ramas y hojas altas que tamizaban la luz.

En el tiempo que Nadir había permanecido en la residencia había crecido en ella su deseo, se había ido alimentando con los días, con cada palabra no dicha, con cada contacto inacabado. Se había acercado a él cada vez más, al principio con timidez, y después presa de un magnetismo carnal que la había empujado hasta rozarlo, varias veces, con sus senos de tela: roces de bata blanca, sucedáneos de la piel, con los

que trataba de provocarlo y llenar su penumbra de aromas cosméticos. Había recorrido las perfumerías de su barrio en busca de muestras que probaba con él, pero ningún perfume lograba romper su coraza. Nadir se había mostrado callado, tímido, casi sumiso, y ella no sabía por qué aquel día sí, frente al rumor indiscreto de los ascensores, entre olores de metal viejo y aceite, la había congelado con su caricia breve, con su mano abrasada, y después nada, su llama se había apagado como un cirio triste en una noche ventosa. Sólo quedaba humo, cenizas, olor a cera quemada, nada que hiciera honor al mito que las muchachas de Aurora se pasaban de boca en boca, en las tardes de vino y copas, sobre el fervor de los hijos de las sombras. Y mientras ellas fantaseaban, envueltas en el humo de sus primeros cigarrillos, entre risas que aún tenían mucho de colegiala, Lucía se mordía la lengua para no hablar, no podía, tenía estrictamente prohibido revelar la procedencia, ni siquiera la existencia, de ese Eros moreno a su cuidado. “Tiene que ser un trabajo muy aburrido eso de cuidar a viejos y a inválidos, ¿por qué no buscas otro?” le había dicho alguna de sus amigas, sin molestarse en disimular su tono burlón, y la enfermera se volvía a tragar su secreto, y pensaba que le habría bastado al menos una noche inconfesada, una ocasión para sentir el contacto, la esencia erótica de una tierra tan cercana y tan remota, donde los hombres eran maestros del tacto y el olfato. Lo que realmente la oprimía era que después de haberlo tenido tan cerca, tan a mano, la oportunidad se escurría. Entre los árboles veraniegos del parque, mientras buscaba un rincón de calma donde ahogar su deseo, sentía los brazos sin fuerza y un vacío angustioso en su vientre: era el último día, Nadir abandonaba la residencia, se marchaba al centro y no parecía importarle, y ella se hacía cada vez más pequeña a la sombra de los primeros soles de julio.

Su inquietud creció al verlo entre los troncos gruesos, detenido ante la fuente, absorto con el chapoteo de la caída del agua y el vapor fresco que manaba del estanque. Lucía aprovechó que estaba solo (pocas veces se le veía sin la compañía de su padre, que le había enseñado en unas pocas semanas todo lo que necesitaba para desenvolverse en la ciudad, incluso le había enseñado a leer con el tacto unos libros especiales de Aurora) y acudió a su encuentro, atusándose los rizos con un gesto nervioso. El archivero reconoció su taconeo y la saludó, antes de que ella tuviera tiempo de pronunciar su nombre. Ella le ofreció su brazo y lo guió hasta el interior del parque, tratando de disimular su angustia. En un recodo entre los setos, libres de las miradas indiscretas de los ancianos, se sentaron en un banco de madera, bajo las acacias rendidas.

—¿Ahora a quién voy a cuidar yo?

—Más bien te vas a librar de una carga —sonrió el archivero.

—Qué va, te voy a echar de menos.

—No te preocupes, seguro que volveremos a encontrarnos...

—Claro, si tú quieres iré a visitarte —dijo ella—, sobre todo al principio, que estarás más solo. Y si quieres te puedo presentar a mis amigas.

—¿Y qué les vas a decir, que soy un ciego fugado de un asilo?

—Por favor, no digas eso.

—Lo siento, sé que lo dices con buena intención, pero no sé si encajo aquí, sois todos tan distintos.

—No tanto como tú crees, Nadir.

—O tal vez más de lo que yo creo.

—Me entristece oírte hablar así —dijo Lucía—, y más

aún cuando estás a punto de marcharte. ¿Estarás bien...?

Nadir no contestó. Los dedos de la muchacha, suaves, indecisos, apretaron cálidamente su mano. Ella lo miró fijamente, sumida en un rumor de hierba recién cortada, escuchando el goteo lento de los segundos, esperando una reacción que no llegaba. Comprendió que así no lograría retenerlo.

—Sí, seguro que estarás mejor allí —dijo ella—, éste no es un lugar para una persona joven. Discúlpame, ahora tengo que irme —y abandonó el banco en dirección a ninguna parte, dejando a Nadir con alguna palabra en la boca que nunca llegó a oírse.

Esa noche, la muchacha, voluptuosamente embalsamada, se coló en su habitación cuando todos dormían. No necesitó encender la luz, Nadir dejaba la ventana abierta en las noches calurosas. Se dibujaban los contornos oscuros de la mesa y las dos sillas junto a una pared, y también el rectángulo acolchado de la cama, donde él yacía desvelado, pensando en esas calles de barrio, imaginarias todavía, que lo engullirían al amanecer. Lucía se dio cuenta de que no dormía (sabía que ya la había olido, la había oído), se inclinó y selló la boca del joven, posando dulcemente la yema de su índice sobre sus labios, y llenó su rostro de aliento mórbido:

—No hagas ruido. Nadie sabe que estoy aquí.

Al retirar su mano deslizó, sin querer, la sábana hacia que cubría su cuerpo, y descubrió que yacía sin pijama. Por la ventana abierta penetraba como un susurro la noche bochornosa. Pesaba el aire. Con una decisión impropia en ella, de pie junto a la cama, desabrochó los botones de su bata y la dejó caer, y el sonido delicadamente obsceno de la tela resbaló por su cuerpo desnudo. Las pálidas luces del jardín proyectaron, en la pared gris, su silueta de sombra, cautivadora

de juventud y de curvas, embriagadoramente perfilada en la penumbra, libre de las imperfecciones que revelaba la luz del día, a veces excesiva y despiadada. Cerró la ventana para sentir la oscuridad plena, para percibir lo mismo que él, y recorrió a ciegas el breve abismo hasta la cama, protegida ilusoriamente por la intimidad apagada de la habitación. Él se replegó, casi sumiso, ante el perfume abrumador, mientras la muchacha se introducía en el colchón estrecho, que gimió bajo su cuerpo.

—Nadir, ahora que la oscuridad cubre mis ojos, nada me da ventaja sobre ti. Soy como tú.

Ella nunca supo hasta qué punto le ayudó a destruir el mito, a abrazar la idea de la igualdad con las emociones y no con el pensamiento, a aprender a mirar de frente, aunque sus ojos no vieran, a sus semejantes en la ciudad. Nadir tardó en reaccionar, paralizado por el recuerdo de Ana: se sucedieron como un oleaje las largas veladas en la aldea junto a ella, la melodía de su voz en sus palabras de entrega eterna, la brisa en los campos de adolescencia y las promesas de volver, pero la evocación se vio ahogada por una borrachera de vainilla en el aire, el infierno contenido en la piel de la muchacha expectante, Lucía, su respiración agitada rasgando la noche, y a lo lejos, como un eco atenuado por la intensidad de las sensaciones, la certeza de no poder regresar. Sus miembros se desentumecieron, cobraron vida propia movidos por el impulso del instinto. Por primera vez sus manos recorrieron un cuerpo de Aurora, un rostro del otro lado del mundo y unos ojos llenos de luz, en los que se detuvo tratando de encontrar la diferencia, intentando comprender el misterio de su poder, pero eran iguales al tacto de los dedos y al roce de los labios. Ella se dejó llevar por sus manos expertas en caricias y por esa boca que podía ver además de besar, perdida en sensaciones que la transportaron a un valle de amantes

excelsos, de leyendas imposibles para una ciudad esclava de la razón. Él descendió lentamente, calladamente, de sus alturas olímpicas, al encontrar el estorbo de los gestos inseguros de la muchacha, su pasividad excesiva, su nerviosismo, su debilidad en un terreno en el que los ojos ya no mandaban, y aunque nunca olvidaría aquella noche, la frase de su padre resonaba como un eco en su cabeza: “No hay amantes como las mujeres de Gea”.

## IV

El otoño entró en el valle y cubrió con su cielo nostálgico los campos y la aldea, como si hubiera descendido lentamente de las montañas. Era un otoño mediterráneo, de días tibios y noches húmedas, suavizado por un mar reposado y sureño. Ana salía de su casa al atardecer y recorría las calles diáfanas, cruzaba el río por el puente de piedra y se detenía en la plaza de los naranjos, a las puertas de la abandonada ciudad alta, a respirar los recuerdos que traía el campo. Después pasaba lentamente entre las columnas de la biblioteca, rozando los fustes con los dedos, e iniciaba su ascenso por el camino serpenteante. Llegaba arriba con el rostro encendido y se sentaba en las escaleras de la entrada, bajo el friso esculpido de mármol, de cara a la bahía, dando la espalda al pequeño templo tetrástilo. Frente a ella quedaba el altar, donde en los días remotos se celebraban ceremonias al aire libre: la piedra estropeada, áspera de inclemencias, evidenciaba abandono, pero dos grandes volutas a ambos lados de su estructura maciza, rectangular, hacían pensar en un pasado esplendor, reminiscencias de civilizaciones clásicas. Ella permanecía allí sin un ritual definido, más bien dejándose llevar por su instinto, con la naturalidad de no sentirse observada, de no saber siquiera lo que eso significaba. Esa inocencia innata enfatizaba la sensualidad de sus vestidos de lana, deliciosamente amoldados a su cuerpo, y de su pelo de cobre oscuro, ondulado

y suelto, rendido sobre su nuca y sus hombros morenos. Sus movimientos pausados, elegantes, espontáneos, delataban el germen de otra educación muy distinta a la de las grandes ciudades, otra velocidad aprendida desde la cuna; uno podía imaginar incluso su parpadeo deliberadamente lento, el peso de sus largas pestañas desmayadas, revelador de una sabiduría antigua que en otros lugares habían olvidado. La rara mezcla de la vida rústica, tan cercana a la naturaleza, y la educación refinada de sus antepasados, adquirida en largas horas de biblioteca y conversaciones con el archivero, estaba contenida en ella, se hacía patente en cada uno de sus gestos cuando se apoyaba de codos en el altar, sobre la piedra indiferente y fría, con la espalda arqueada, la cabeza erguida y el mentón fino alzado en sus manos, y parecía contemplar la costa y dominar con su figura esbelta la aldea, como si fuera ella la diosa encarnada del templo, como si hubiera pertenecido siempre a ese mundo elevado y bajara a las calles solamente para cumplir con algún designio divino. Ella nunca se había mostrado así, no había llamado la atención de una forma tan delicadamente escandalosa, pero ahora el cuenco de su feminidad rebosaba con su espera cándida, dolorosamente bella, colmada de promesas sólidas que languidecían con el paso de los días. Se le amontonaban los meses anhelando reencuentros, susurrando palabras que morían en su boca entreabierta, mientras las estaciones hacían palidecer los árboles y la propia tierra.

En la aldea aprendieron a reconocer sus breves peregrinaciones tardías y su regreso noctámbulo. Imaginaban sus oraciones taciturnas, aunque sólo oían pasos ligeros cuando se cruzaban con ella, y tal vez un saludo melódico, en voz baja, que casi sonaba a disculpa. Aparecía muy distinta a los ojos del centinela, que la observaba cada tarde, convertido

en un coleccionista de gestos que esperaba hasta el crepúsculo para captar un instante de ella, aunque sólo fuera un reflejo de su vestido claro y de sus formas suavemente curvadas, o una imagen de su rostro que le permitiera adivinar el color de sus ojos, nublados por la distancia, aunque los suponía oscuros, como los ojos de los archiveros, los únicos hijos de las sombras que había visto de cerca. Teo permanecía en vilo hasta que ella desaparecía en la noche del valle, y entonces recordaba que debía regresar a su hogar en la ciudad luminosa de Aurora. Su amplio piso de trabajador acomodado comenzó a resultar sospechosamente vacío, y se lanzaba a la incertidumbre de las calles tristes en busca de un amor fácil bajo los anuncios de neón, bajo el cielo negro y sin estrellas, sólo el parpadeo de las luces, que teñía las caras de la gente de colores rojizos y revelaba rostros ojerosos, prematuramente envejecidos. Reparó por primera vez en lo que transmitían sus expresiones, porque eran la imagen de él mismo, lo que veía cada noche en el espejo cuando llegaba a su casa: un hombre agotado no por el cansancio, ni por la edad, sino por el tedio. Todo parecía transformado bajo un nuevo prisma, se entreveía esa nostalgia de fondo, añoranza de algo, que cubría la ciudad como un barniz opaco. Empezó a sentirse extraño, apático, en lo que había sido durante años su propio paraíso material, lleno de comodidades y artilugios vacíos de sentido.

Nadir le acompañaba a veces en sus paseos por las callejuelas bulliciosas, adaptado ya a la ciudad y sus sobresaltos, atropellos, bocinazos y lamentos de sirenas. El centinela se sentía en la obligación de protegerlo, y le transmitía sin querer su nueva visión pesimista, y ambos sostenían conversaciones sobre cualquier cosa, mientras pensaban en esa muchacha que pertenecía a un mundo intocable. Nadir, después de vaciar dos o tres copas y mostrar una resuelta indiferencia hacia

las mujeres de la noche, acababa formulando la pregunta fatídica, esperada por el centinela, cada vez más temida: “¿Sabes algo de Ana?”, y le obligaba a mentir, a decirle que no, que no podía ver con tanto detalle lo que ocurría en la aldea, alimentando la desconfianza del archivero, cada vez más receloso hacia sus anfitriones. Nadir aprendió a oler la mentira y a reaccionar con la suavidad de un diplomático, alejándose silenciosamente de la compañía, recluyéndose en su buhardilla céntrica, entre montones de libros y audiolibros que parecía que iban a devorarlo.

Teo buscaba su refugio en otra parte, y miraba con recelo los templos que asomaban tímidamente entre los edificios brumosos, santuarios que tal vez un día hubieran apuntado al cielo, pero ahora, aunque quisieran hacerlo, se veían ensombrecidos, casi avergonzados, por las alturas del acero. Todavía se representaban allí las pequeñas tragicomedias de la vida, el nacimiento y la muerte, y se sellaban los compromisos de amor eterno en papel, firmados como un contrato, en celebraciones con pretensiones de divinidad, fiestas por todo lo alto con coches de lujo y trajes de gala, y una multitud de invitados, como si la pompa y el boato marcaran la intensidad del amor. Pero entre sus paredes desangeladas ya no habitaba lo numinoso, solamente olor a vela, a incienso, y parroquianos que repetían mecánicamente su credo como presentadores de un noticiario, con rostros serios, aburridos, desapasionados. El centinela sabía que lo numinoso se manifestaba cada tarde en la loma de Gea, a los pies del templo, cuando Ana realizaba su ceremonia pálida sobre el altar centenario, y la fuerza de su anhelo, encarnada en suspiros inaudibles, descendía por la ladera hasta rozar la aldea, hasta abrazar a sus habitantes con una sensación que creían ignorar pero afectaba su ánimo. El sentimiento universal de la muchacha no necesitaba credos,

ni ritos formales, ni oraciones en voz alta, no hacía falta nada de eso para entender su espera punzante, la férrea solidez de su pasión, latente bajo el disfraz de su quietud. El centinela no tenía suficiente con verla desde su colina y la contemplaba cada vez más cerca de la aldea, rozando los límites de lo prohibido, caminando por senderos donde no llegaba su coche, para agrandarla en el círculo de sus prismáticos.

En ese otoño de palmeras tristes y naranjos pálidos los días se acortaban, y una tarde se hizo noche en la espera, y ella todavía no había aparecido. Inquieto por su ausencia y amparado por la oscuridad, Teo se acercó hasta el desnivel rocoso que flanqueaba el valle y se detuvo ante una señal que se alzaba imponente en su poste, con su aureola de ídolo intocable, las letras ennegrecidas por la falta de luz y por los años, y por el óxido que rezumaba del metal, que olía a cárcel o a algo peor. Su aspecto destartado no empañaba su advertencia: que ese umbral no debía cruzarse bajo ningún concepto. La tierra prometida estaba abajo, sólo tenía que buscar una vía entre las rocas abruptas y descender un par de metros, pero si alguien le veía todo habría terminado. El silencio nocturno se rompía a veces por un crepitar de ramas, mecidas por ráfagas esporádicas de viento y por algún pequeño animal, quizá un ave que se agitaba en la oscuridad, indiferente a los problemas de los hombres. Convencido de que nadie se daría cuenta, seguro de sí mismo, dejó a un lado la señal, encontró la manera de salvar el desnivel y se adentró en el valle por praderas tupidas y olorosas a campo, cegado por el deseo de aproximarse a ella, guiado como un lobo por la tenue claridad de una luna naciente, semioculta entre las nubes. Al fondo se recortaba la silueta negra de la loma, sobre un fondo azul oscuro, y tras sus laderas se entregaba al sueño el pueblo, al comienzo de sus horas más

frías. Tal vez no todos durmieran, sabía que debía ser cauto en ese entorno de penumbras que igualaba su percepción a la de ellos, y miraba a todas partes con ojos gatunos mientras avanzaba deprisa, casi de puntillas para silenciar sus pasos. La luz frágil, gaseosa tras la bruma, luchaba pesadamente con la noche, pero cuando llegó a los pies de la loma se abrió el horizonte y la luna redonda encendió la bahía con su faz nívea. En lo alto, sobre la cima azulada, el templo rutilaba como un espectro de piedra. Sorprendido por la repentina claridad, no se atrevió a seguir adelante y se quedó agazapado en la ladera, como un bulto más entre los arbustos: de pronto era consciente del peligro, y le horrorizó pensar que quizá ya le hubieran visto otros guardianes, desde alguna colina lejana. No le dio tiempo a meditar su locura, fue mirar hacia arriba, de nuevo hacia el espectro de mármol, y sentir un pavoroso escalofrío: ella estaba apoyada en el altar, envuelta en el aura de su vestido de crema, majestuosamente erguida, posando las palmas abiertas de sus manos sobre la piedra, como si contemplara el paisaje lunar. El centinela, ensimismado, debió de moverse sin darse cuenta, o emitir un suspiro involuntario, y observó, igual que en una escena a cámara lenta, cómo ella se percataba y volvía su rostro hacia la ladera, directamente hacia él, para escuchar los vagos rumores del aire. Reducido a cenizas, el que otras veces era un dios en las montañas permaneció inmóvil entre los arbustos, conteniendo la respiración, escondido en el valle como un animal asustadizo. Ana abrió la boca para lanzar una pregunta a la noche, pero finalmente no dijo nada y volvió a erguir su cuello felino hacia la bahía, llenó su pecho con una inspiración profunda, sonora, y después se deshinchó blandamente, inclinó la cabeza y sus cabellos plateados resbalaron por sus hombros, y su estampa melancólica recordó el verdadero motivo de su espera. Habría

sido fácil llamarla desde allí, habría sido sencillo decirle que el archivero se encontraba bien, a salvo tras las montañas. Era atterradoramente tentador romper todas las normas, pero ella desprendía un influjo paralizante. Sólo cuando descendió del altar y desapareció tras la loma, Teo pudo reaccionar, incorporarse y fantasear por un momento que iba tras ella, por esas calles bañadas de calma nocturna, calles de fábula que existían ajenas al mundo, con el tiempo detenido en sus relojes de polvo. Era una temeridad seductora imaginarse entrando en la paz sombría de su alcoba, si supiera que ella iba a aceptarlo. Dudó ante el imposible, su cuerpo se debatió entre la tensión del deseo innato, que le empujaba hacia delante, y la prudencia aprendida, que le obligaba a regresar.

Durante varios días intentó recordar su rostro, su cutis de claros y sombras, esmaltado de luna, suavizado por la penumbra. El fulgor nocturno había revelado la simetría de sus facciones, su nariz fina, su boca entreabierta por la sorpresa, por el deseo de preguntar, pero todo empequeñecía ante dos ojos grandes, serenos, desesperadamente tristes y hermosos, que parecían anhelar luces. Esa mirada, que no era una mirada, terminó de turbarle. A base de retazos, el centinela creó en su mente el retrato idealizado de una joven, una imagen de plata opaca, estática, que recordaba a una escultura clásica; tal vez ni siquiera fuera ella. No intentó acercarse una segunda vez, no tuvo valor, pero los vistazos fugaces al templo al caer la tarde acababan por revelarles, antes o después, la imagen temida: un movimiento leve entre las columnas, o en el altar, que tomaba forma y se convertía en su figura diminuta. Atrapado en aquel limbo, sin posibilidad de alejarse ni acercarse a la fuente de su deseo, continuó perdiéndose en los laberintos nocturnos de Aurora para distraerse y remediar la soledad que sentía al llegar a casa, ahogándose lentamente en sus propios secretos. Nadie pareció haberlo visto la noche que entró en Gea, habría sido difícil reconocerlo en la distancia y con tan poca luz, pero bastaba que hubieran detectado una presencia extraña, intrusa, en aquella zona bajo su vigilancia, para ponerlo en un serio aprieto.

El primer toque de atención llegó por motivos distintos, y de nuevo se vio sentado en la sala blanca frente a la directora

Belmonte, que golpeaba nerviosamente la mesa con un bolígrafo.

—Me preocupa este archivero —decía ella—, lee demasiado, no se relaciona, ni siquiera visita ya a su padre. No tiene otro entretenimiento que pasarse el día investigando. Él confía en ti, Teo, y no le dedicas el tiempo suficiente.

—Ya no confía tanto en mí —replicó el centinela—. Me pregunta por Gea y me veo obligado a mentirle, ¿qué puedo hacer?

—Que se olvide de Gea —dijo la directora, sin dejar de manosear el bolígrafo—. Lo hará poco a poco, como hizo su padre. Debe estar contento en nuestra sociedad, aunque sea en cierta medida un expatriado.

—Pero no veo cómo...

—Haz que se integre o me veré obligada a tomar medidas —insistió la directora—. Recuerda que eres en parte responsable de él.

—¿Y qué iba a hacer, dejarlo allí tirado? —protestó Teo—. Nunca me ha gustado esa zanja, creo que se debería quitar.

—Esa zanja representa el abismo, y nadie debería cruzarla.

—Un abismo forzado, artificial —dijo Teo.

—Pero necesario. Tú ya sabes por qué se cavó, ¿o no?

—Sí, vagamente, fue por el padre de Nadir...

La directora dejó el bolígrafo a un lado y se sentó. Abrió un cajón bajo la mesa y sacó una cajetilla roja de tabaco.

—No te importa que fume, ¿verdad? —dijo mirando al centinela, y volvió a hurgar en el cajón— ¿Dónde diablos...? Ah, aquí está —sacó un mechero pequeño, cerró el cajón y encendió un cigarrillo. El humo ascendió en espirales que desaparecían en la blancura de la sala—. El padre, todavía recuerdo cuando lo encontraron. Apareció en medio de una carretera secundaria, tumbado con los brazos en cruz. Los

muchachos que lo vieron se llevaron un buen susto, volvían de pasar un día de picnic en el campo y le preguntaron qué hacía allí: “Porque estaba caliente y me pareció el mejor sitio para descansar al raso”, decía él. Ni siquiera sabían de dónde venía, pensaban que era un vagabundo harapiento, un ciego loco, y les llevó un rato darse cuenta de que procedía de Gea. Como te puedes imaginar, en Aurora se armó un gran revuelo, claro que tú seguramente eras demasiado pequeño para recordarlo —miró a Teo y trató de estimar su edad, que se le olvidaba siempre—. Por su aspecto de profeta bíblico, con barbas crecidas y pelo greñudo, le llamaron Abraham, sin tener en cuenta su verdadero nombre. Se hizo popular y resultó que era un mujeriego. Se acostó con todas las muchachas de la ciudad que acudían a su puerta, y por lo visto todas querían repetir. Yo estaba entonces en la veintena y me quedé fascinada por aquel mundo que Abraham representaba. Él solo creó ese mito sobre los amantes de Gea que todavía las jóvenes se pasan de boca en boca, cada vez más borroso, más fantástico y enaltecido. Pero en el fondo era un inconveniente para la administración, un problema burocrático, y se puso mucho empeño en que aquello no volviera a ocurrir. Se cavó la zanja para evitar futuras fugas, pasado el nacimiento del río, el único punto vulnerable, por donde Abraham había llegado. Era la forma más natural de establecer una frontera. Si ellos creían en un abismo tras las montañas, ahí lo tenían. Si alguien llegaba hasta allí, se toparía con el vacío y daría la vuelta. Esa era la idea.

—Pero el primero que llegó se cayó dentro —dijo el centinela.

—Sí, bueno, ¿cómo íbamos a imaginar que alguien llegaría hasta allí ebrio de vino? El caso es que ahí lo tenemos, encerrado en su buhardilla, empeñado en descubrir todos

los secretos de su nuevo mundo. ¡Es tan distinto a su padre! El otro era un vividor, no se preocupaba por nada más que cobrar su pensión y divertirse. No tengo a ninguno más con quien compararlo, si otros llegaron a cruzar las montañas en el pasado no se sabe, tal vez acabarían muriendo en el campo o en el mismo bosque.

—No me parece que sea tan malo que se quede en su casa —observó el centinela—. Al menos no causa problemas.

—No sé, me inquieta. Va a acabar sabiendo demasiado y no sé por dónde puede salir —los ojos de la directora, llenos de preocupaciones infundadas, lograron que Teo se sintiera extrañamente culpable—. Ya sé que hoy es tu día libre —continuó ella—, pero también por eso es un buen momento para que le hagas una visita.

—Está bien —dijo Teo—. Iré a verlo esta tarde —añadió, y pidió permiso para abandonar la mesa.

Antes de que saliera, la directora lo llamó:

—Teo —él se volvió, justo cuando cruzaba el umbral de la puerta—. No hace falta que te pongas ese traje cuando vienes a las oficinas. No te queda nada natural.

El cielo enrojeció en su camino a la parte antigua. Las casas eran bajas, como de pueblo, y en las calles estrechas había portones de madera y tiendas pequeñas, sin garajes, sin vehículos, sólo personas aisladas que miraban de soslayo, tal vez insinuando un saludo. Teo no reconoció ninguna cara, aunque cuando era más joven, casi un niño, vivió allí. Salió a una plaza cuadrada de soportales bajos, columnas finas y techos sin arcos, poblada de plátanos y de bancos de madera donde unos pocos ancianos dejaban pasar el día. El campanario de una iglesia sobresalía entre los tejados y proyectaba una sombra alargada en el suelo enlosado, lleno de dibujos

geométricos. La estatua siempre había estado allí, desde que él tenía memoria, en el centro, protegida de la intemperie por un pequeño kiosco de piedra, de techo circular, soportado por cuatro columnas estriadas, grises. Le llamó la atención el vestido largo, los pliegues de bronce que caían hasta los pies, en suaves ondulaciones de la tela metálica, y el gesto de la muchacha eternizada, con la mano extendida como donando algo. Era la Aurora de antes, vieja, provinciana, tan distinta a la nueva ciudad de neones, acero y hormigón armado. Las primeras ventanas encendidas adornaban de amarillo las fachadas, y en una bocacalle, sobre un tejado gris, asomaba una buhardilla abierta, oscura, donde Teo sabía que nunca alumbraría una bombilla. Se acercó a aquella casa y comprobó que el portón de la calle estaba entornado. La pesada hoja de madera cedió con un quejido casi humano: el interior olía a cerrado, a humedad. Subió tres tramos de escaleras, oyendo el eco de sus pasos, preguntándose si no habría sido mejor ubicar al archivero en una planta baja, y llamó varias veces a la puerta de su apartamento, pero nadie acudió a recibirle. Decidió abrir con su propia llave, con un leve sentimiento de culpa, cruzó el recibidor y se asomó a la única estancia de la casa.

Encontró a Nadir de espaldas, balanceándose en una silla mecedora de madera, con la cabeza adornada por unos grandes auriculares que parecían orejeras. Tan absorto estaba en la escucha que, confiada por su inmovilidad, una paloma había traspasado el umbral de la ventana, y otra menos osada permanecía en el alféizar, lanzando fugaces miradas de pájaro al interior. Los rayos del atardecer, cansados, creaban una columna oblicua de luz en la penumbra, alumbrando tenuemente el suelo cubierto de libros. Teo se acercó a saludar, volaron espantadas las palomas, y Nadir se quitó los

auriculares en cuanto se dio cuenta de su presencia, con el ceño fruncido, visiblemente contrariado por la invasión súbita de su casa:

—¿Por qué no has llamado antes de entrar?

—Lo hice, pero no me oías.

—Hace mucho que no vienes a visitarme, ¿qué te trae por aquí?

Vestía una desaliñada bata azul de estar por casa, con lamparones que él no veía. Parecía fatigado, descuidado, con ojeras que antes no tenía, y una barba incipiente que cubría de gris sus mejillas.

—¿Estás durmiendo bien? —preguntó Teo, y miró los libros acumulados en montones—. Te vas a tropezar con todo esto que tienes en el suelo.

—Están ordenados —protestó el archivero—, es que no tengo estanterías suficientes para colocarlos. Esto que estoy escuchando es muy bueno, ¿me podrías conseguir más? —dijo mostrándole una cubierta de audiolibro.

El centinela echó un vistazo a la cubierta: eran lecturas de profesores de Universidad, cursos completos de filosofía, literatura, física...

—¡A este paso vas a saber más que nosotros! Pero me temo que no, de momento no puedo conseguirte más. Me han sermoneado porque te pasas los días encerrado aquí.

—¿Y qué culpa tienes tú de eso? Tengo que leerlo todo, conocerlo todo, es lo mejor que puedo hacer en esta ciudad, creo que es la única manera de estrechar la enorme brecha que me separa de vosotros.

—No se puede abarcar todo, Nadir, esto no es como la biblioteca de Gea.

—¿Lo has intentado?

—No. Anda, vente a tomar algo, va a hacer una buena

noche. No puedes estar todo el día aquí metido.

A pesar de su obsesión, el archivero accedió, casi pareció aliviado por darse un respiro. Sorprendía la facilidad con que bajaba las escaleras del edificio y la soltura con que se desenvolvía en el portal y en la calle, casi como si pudiera ver. Las campanas de la torre anunciaron la hora, vibraciones hondas que se desvanecieron en la serenidad de la plaza. Teo le describió los bancos azules, los desconchones en la pintura, la madera podrida al descubierto, y las sombras recortadas de los árboles bajo las farolas, ya encendidas de ámbar, y al abrigo de los soportales llegaron a un callejón vacío, sin más puertas que la de una tasca vieja, apartada de las multitudes de la urbe.

—Este es el mejor sitio para echar un trago que hay por aquí —dijo Teo al entrar.

Los parroquianos estaban acodados en la barra, atareados con sus bebidas y platos de raciones, pero ellos dos se acomodaron en torno a una mesita cuadrada, en banquetas de madera que no levantaban más de un par de palmos del suelo. Teo pidió la bebida y el camarero se acercó enseguida con una jarra de vino y dos vasos pequeños.

—No entiendo por qué te cargan con la responsabilidad de cuidar de mí —dijo Nadir, mientras Teo vertía el líquido granate en los vasos—. Estoy bien así. Si necesitara algo, te lo pediría.

—Supongo que no saben muy bien qué hacer. Pero no debes preocuparte por eso, en todo caso me afectaría a mí.

—Hablaré personalmente con la directora —dijo el archivero—. No quiero que peligre tu trabajo por mi culpa.

Las cosas eran más complicadas que todo eso, pero el centinela no podía decírselo. Apuró su vaso de un trago y sintió que se le limpiaba la garganta con el calor del vino.

Alzó la jarra para volver a llenar los vasos, pero el archivero bebía despacio, y pensando que no se daría cuenta se sirvió a sí mismo. Miró a su alrededor, y comprobó que en la penumbra del bar nadie les prestaba atención. El aire estaba cargado de voces y de humo, y olía a barril y a taberna antigua; en esa densidad se diluían las palabras de los otros, y también sus rostros, y se creaba una intimidad que invitaba a la confesión. Bebió de un trago su segundo vaso. Hasta entonces no se había dado cuenta de que necesitaba desesperadamente contarle a alguien que había entrado en el valle, que había estado a pocos pasos de ella; que ya no podía soportar su trabajo, porque le retenía a las puertas de lo que para él se había convertido en el dorado, un mundo idealizado por una mujer soñada, inalcanzable, que había invadido incluso el terreno de su descanso nocturno. Estaba dispuesto a hablar y esperó pacientemente la pregunta, pero la pregunta no llegó, esa vez Nadir no le preguntó por Ana. El archivero se limitó a decir frases lacónicas y a beber moderadamente, distraído, pensando en sus cosas, abrumado por el peso de la tarea que se había impuesto, y después de un rato musitó una tímida disculpa para retirarse. Teo quiso acompañarle hasta su casa, pero Nadir se negó:

—Conozco el lugar, no te preocupes. Creo que tú sabes, quizá mejor que nadie, que me las he arreglado toda mi vida sin necesidad de asistencia.

Se espidieron fríamente. El archivero cruzó la plaza con pasos lentos, y antes de que lo devoraran las bocas negras de los soportales, ya casi a la entrada de su calle, amarilleó su figura bajo la luz de una farola arrinconada. Teo se quedó mirándolo hasta que lo vio desaparecer. “La única persona que me admiraba ya ha dejado de hacerlo”, pensó. “Ya se le ha olvidado que le salvé del abismo”. Dio media vuelta y se

retiró cabizbajo, con las manos en los bolsillos, preguntándose cuál era su papel en todo lo que sucedía.

Impresionaba verlo allí tirado, tan de cerca, oloroso a sudor y a vino, los cristales rotos de una botella esparcidos por la zanja, manchados de sangre, el cuerpo inerte en posición recogida, no se sabía si a causa del sueño o la inconsciencia. Teo bajó por una escalera de mano, se acercó con cautela, casi con miedo, sin dejar de mirar ese cristo tendido, cubierto por jirones de lino, con los cabellos negros revueltos y sucios, y el pecho que se hinchaba en un esfuerzo por coger aire y se deshinchaba entre soplidos. Dispersos entre los cristales había frutos secos, restos de pescado, de queso y de pan, y un zurrón viejo, abierto, que en la caída había vomitado todo aquello por el suelo. El hombre estaba tumbado de lado, tenía un brazo extendido, con la mano llena de cortes, y la otra mano cerrada sobre una vara nudosa. Todavía el sol doraba las cimas de las montañas, pero muy pronto se haría de noche. Teo se detuvo frente al archivero, se irguió y estiró el cuello, como si quisiera mirar por encima de la zanja, en busca de algo, respiró el aire agrio de sudor, se llevó una mano a la cintura y palpó su walkie-talkie para avisar a otros centinelas cercanos, pero vio la sangre que manaba de los cortes, brillante y tenebrosa, y no quiso perder más tiempo. Se acuclilló junto al hombre y trató de reanimarlo, meciéndolo y dándole palmadas en la mejilla. El archivero se desperezó lentamente, movió sus

miembros entumecidos y empezó a musitar algo, como en sueños, y de pronto abrió los ojos, sobresaltado, y los dirigió directamente hacia a Teo, grandes, negros y absorbentes bajo las cejas espesas. El centinela dio un salto hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —dijo el archivero, incorporándose y sujetando su vara.

—Tranquilo, he venido a ayudarte —dijo Teo.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy... me temo que no me conoces.

—¿Eres un dios?

Teo dudó antes de contestar. Iba a decir que no, que no lo era, pero el otro estaba tenso, tal vez un poco ebrio todavía, le temblaba el cuerpo y apretaba con fuerza la vara.

—Sí, lo soy. Suelta esa vara, he venido a ayudarte.

El archivero enmudeció, pensando que sólo un dios podía saber que estaba sujetando su vara, y sólo un dios podía hablar de una forma tan extraña. Se avergonzó de su reacción y la soltó como si le quemara en la mano.

—Lo siento, no lo sabía —se disculpó, postrándose en el suelo—. Te ruego que me perdones.

—Tengo que curarte eso —dijo Teo, más tranquilo al ver que el otro se doblaba— Déjame ver —se acercó despacio, con cierta prudencia, y examinó las manos del archivero—. No parece grave, pero hay que vendar esas heridas. Espérame aquí, enseguida vuelvo.

El centinela subió por la escalera de mano. A pocos metros brillaba aún la carrocería blanca del coche, el vínculo reconfortante con la ciudad y el hogar. El botiquín estaba dentro, y también el teléfono móvil. En la Fundación se quedaron atónitos cuando recibieron su llamada, no sabían qué hacer. Teo regresó a la zanja y antes de bajar vio al archivero que gateaba por el suelo, palpando entre los cristales

y recogiendo trozos de comida.

—¡Deja eso, te vas a cortar más! —gritó.

El archivero alzó la cabeza, preguntándose por qué ahora la voz del dios llegaba desde arriba, y dejó lo que tenía entre manos. Teo bajó apresuradamente y lo apartó a un lugar más seguro, y allí le desinfectó y le vendó las heridas. La noche cayó lentamente, y de pronto el centinela tuvo miedo, encendió una linterna y apuntó el haz de luz sobre el archivero, harapiento, teñido de polvo, las manos y los pies vendados, parecía un prisionero de guerra.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —le preguntó— Has tenido mucha suerte, podías haberte matado.

—Yo sólo quería saber si había algo más allá del valle.

En el horizonte, más allá de la zanja hermética, asomaba un fulgor en el cielo negro, el eco de las luces de Aurora, cargado de vagas promesas, lleno de futuro, de actores y de historias, pero Teo no podía decírselo aún, esperaba una llamada para saber qué debía hacer. El tiempo, entretanto, lo marcaba la respiración pesada del archivero, en el silencio largo y espectral de esa tierra de nadie, hasta que la vibración del teléfono, luminosa y cálida, acudió a su rescate, y una voz al otro lado decidió su suerte: “Ya no podemos mandarlo de vuelta, tráelo a la ciudad”. El centinela le ayudó a levantarse y lo condujo hasta el coche. Lo acomodó cuidadosamente en el asiento trasero, tratando de tranquilizarlo con palabras, y arrancó el motor. El archivero, años después, no recordaría el ruido aterrador de la máquina, sino el olor penetrante y embriagador del petróleo refinado.

—Ahora vamos a donde tú querías —dijo Teo—. Vas a conocer mi mundo.

Encendió la radio, el habitáculo se llenó de música, tonos menores llenos de pérdida. La voz de una mezzosoprano se

alzó clara, pura, sobre una orquesta de violines, vibrando tenuemente, fundiéndose con los instrumentos de cuerda. El archivero nunca había escuchado nada parecido. Sus ojos oscuros se humedecieron, y por primera vez pensó, inundado de sonido celeste, que nada podía salir mal, y que el riesgo había valido la pena.

V

Hubo una tregua invernal, un oscurecer temprano de los días, un remanso de frío y despreocupación, el tiempo libre lleno de ocre y fiestas hogareñas con amigos, películas y catas de ron. Fueron unos meses en los que Teo ya no la vio subir al templo, en el valle engullido por la noche, y a veces se preguntaba si ella estaría allí, fiel a su cita, sola con sus súplicas, sin ojos que contemplaran su belleza; si era posible que estuviera allí cuando nadie la observaba, si ella existía en ese momento o daba lo mismo. Nadie parecía preocuparse ya por el archivero, la vida volvía a ser cómoda, sin reprimendas, sin toques de atención ni salas blancas, solamente vigilancia rutinaria, y reuniones de amigos, y un ron dulce y aromático que calentaba las entrañas. Era un conformismo de estufa y manta, ventanas cerradas y aire despacible en la calle, una embriaguez tenue de cama amplia y trabajo estable, sin ambiciones, porque el suyo era uno de esos empleos que tienen los que no son nadie ni quieren serlo, los que sólo necesitan que les dejen tranquilos. A veces, vagamente, se desperezaba una inquietud, una molestia, un estorbo en la córnea, la imagen de ella, su rostro de ojos grandes, sus vestidos ceñidos. Entonces se incorporaba con esfuerzo, tendido como estaba en su sofá, se despojaba de su manta, abría el mueble bar, preparaba una copa de ron, ponía otra película y trataba de no pensar, pero quedaba un sabor agrio en la boca,

un desasosiego, evocaciones de lejanos fracasos de juventud. Sería que ella le hacía revivir su anhelo adolescente de despedir a una chica en un portal, después de haberla acompañado hasta su casa por calles nocturnas y haberla besado a la luz de pálidas farolas; o de esperarla una tarde lluviosa, otoñal, y verla llegar a contraluz, sobre el espejo del suelo mojado, en una avenida con olor a cine. Una novia de las de antes, por la ciudad de antes, tranquila y solitaria en sus noches, acogedora en sus soportales, repletos de rincones donde pasar las horas al abrigo del frío y las miradas indiscretas. Todo lo que había pedido era una muchacha comprensiva, un rostro hermoso y complaciente, unos ojos que le dijeran te quiero, unas mejillas ardientes de deseo. Había nacido para ser uno de esos hombres de una sola mujer, esa quimera que ellas siempre buscan, y sin embargo a él parecían no haberlo visto entonces, cuando todavía estaba fresco, nuevo, sin usar. Después todo había ocurrido tan rápido: la madurez, la calvicie temprana del pelo demasiado fino, la lozanía abandonada en el sitio equivocado, el desgaste de la vida, el tiempo desperdiciado en cosas que ni siquiera recordaba. Las chicas guapas eran sinónimo de ausencia, una mirada hacia otro lado al pasar, una excusa inventada torpemente; sólo las de pago le hacían caso, y él acudía a ellas casi por venganza tras una juventud sin amor. La ciudad era superficial, ingrata, demasiadas opciones, todo de usar y tirar, no era necesario estrechar lazos con amigos ni con mujeres, y en cambio ella era tan distinta, paciente, leal, serena, hecha de naturaleza pura, sin maquillajes, sin aderezos superfluos, tan alejada de las chicas que había conocido. Teo, en esos momentos despejados de vapores, se preguntaba si él no pertenecía también al valle, si no habría nacido en el lado erróneo de las montañas.

Todo eso se ahogaba después en un cóctel de ron y

nostalgia, un hedonismo barato de sofá y televisión, pies calientes, lumbre artificial y escarcha en el alféizar. Pero a principios de febrero, con los días ya un poco más largos, en un ocaso malva, mientras montaba guardia en su colina volvió a verla, acodada en el altar, abrigada con un mantón de lana gruesa, y comprendió que había estado allí siempre, sin importarle el frío, ni el viento, ni la lluvia, desafiando estoicamente al invierno. Entonces lo supo. Supo que si alguien podía ayudarla era solamente él mismo; que le correspondía a él tomar esa decisión, por encima de las reglas establecidas, dejando a un lado la mediocridad y los miedos. Lo deseaba en caliente, pero luego se amodorraba, vencido por la molicie entre los cojines del salón, y en su incapacidad de decidir se iba el tiempo, pasaban las semanas, dolorosas de espera, porque de nuevo la veía a diario antes del anochecer, envuelta en su mantón amplio, inclinada contra el viento con las alas desplegadas y los cabellos sueltos, majestuosa como una Victoria sobre la proa de un navío, pero más pequeña y desamparada que nunca bajo un cielo demasiado amplio.

Volvieron a requerirlo en la oficina, y en más de una ocasión apareció oliendo a alcohol, con la camisa sin planchar y pantalones tejanos, provocando miradas de reprobación, alimentando rumores sobre su falta de disciplina, y cuando la directora le llamó la atención por su aspecto, él se limitó a decir: “Creo recordar que no te gustaba mi traje”. Y otra vez la sala alabastrina, el tú a tú, amenazas de despido, indiferencia, la directora que enciende un cigarro y él que le pide otro, y le dice, de paso, si no tiene una copa, ante la mirada atónita de ella. Esa chulería era en el fondo indolencia, una protesta contra sí mismo por no saber qué hacer, o más bien por no atreverse. Casi nunca se mencionaba al archivero, el causante de todo, el origen del desorden, como si se lo hubiera tragado

la tierra, no le importaba ya a nadie que se dejara los dedos leyendo en las alturas de su buhardilla, mientras no hiciera ruido. Pero un día sonó el teléfono y al otro lado se oyó su voz.

Era otra de esas tardes perezosas de salón y películas. Teo se distraía con las burbujas de una copa, que se abrían paso a través del líquido translúcido, entre los hielos, en una carrera que terminaba en la superficie con una explosión minúscula, como un grito aéreo de éxtasis, la liberación final y la vuelta a su elemento de origen; eso era todo. El timbre brusco del teléfono interrumpía el momento. Lo cogió con desgana y le desbordó el entusiasmo que llegaba desde el auricular:

—¡Tenías razón! —exclamó el archivero—. Me he dado cuenta de que no puedo abarcarlo todo, no puedo leerlo todo como en Gea.

—Ah, bueno, ya te lo dije —contestó Teo, indiferente.

—¿Puedes venir? Tenemos que hablar, es importante.

Teo quiso saber de qué se trataba, pero no logró averiguar nada más. Cuando colgó alzó la copa y la miró al trasluz, y pensó que el archivero había tenido suerte de que fuera la primera: un poco más tarde, con dos o tres más en el cuerpo, ni siquiera habría cogido el teléfono. Bebió lo que quedaba de un trago y salió tal como estaba. Poco después subía con fatiga las escaleras del viejo edificio abuhardillado y encontraba a Nadir esperándole en la puerta de su apartamento, entre tonalidades diáfanas de un aria de ópera. La sonrisa dilatada con que le aguardaba le resultó excesiva, y el centinela se alegró de que no pudiera ver su propia cara amarillenta y desfallecida, más aún después de enfrentarse a los escalones.

—Me gusta esa música que tienes puesta.

—¿Conoces la obra? Es de un compositor italiano.

—No la conozco —dijo Teo—, pero me alegro de

verte, hombre —resopló, todavía recuperando el aliento, y estrechó su mano, satisfecho de comprobar que se alegraba de verdad una vez que lo tenía enfrente—. Hace mucho que no coincidimos.

—Y yo también me alegro de... que estés aquí. Anda, pasa, ponte cómodo.

El archivero cerró la puerta y siguió a Teo hacia el interior. La ventana estaba abierta pero no había palomas en el alféizar, ni libros tirados por el suelo, todos estaban pulcramente ordenados en las estanterías. Nadir bajó el volumen de la música hasta convertirla en un murmullo de fondo.

—¿Quieres tomar algo?

—Ya que te empeñas, tomaré ron con cola, ¿tienes ron añejo?

—Me temo que no. Deberías cuidarte, Teo.

—¿Por qué?

—¿Crees que no he notado que te huele el aliento a alcohol?

—¡Pero si hoy casi no he bebido! Anda, ponle algo a este pobre diablo.

—Bueno, lo haré porque considero que se trata de una ocasión.

—Te lo agradezco. Procura que esté cargado.

El archivero desapareció en la cocina y Teo se dejó caer en un sofá roído, junto a la mecedora. Se oyeron ruidos de armarios, botellas y cristales, y finalmente el chasquido breve, seco, de la apertura de una lata con gas. Nadir volvió a aparecer con dos copas y ofreció una a Teo.

—Aquí tienes, espero que esté bien cargado para tu gusto.

El centinela lo aceptó con agrado, y acarició el cristal frío con la mano.

—¡Esto es otra cosa! Entonces, ¿me decías que te has

cansado de leer?

—No—contestó Nadir, acomodándose en su mecedora—, pero me he dado cuenta de que no puedo con todo, haga lo que haga. Sólo cada año se publican muchos más libros de los que soy capaz de asimilar. Necesitaría vivir muchas vidas, y aún así... Mi idea del mundo ha dado un vuelco desde que llegué. Todo es muy diferente a lo que yo pensaba, y mucho más grande, sobre todo eso, mucho más grande...

Exhaló aire sonoramente, como si le aliviara decirlo, y comenzó a balancearse en su silla.

—Desde luego es mucho más grande que Gea —dijo Teo.

—Es mucho más que eso. La realidad es infinita. Al principio me sentí desbordado, pero ahora me alegra saber que hay mucho más de lo que soy capaz de percibir. Las malezas por las que puedo pasear mi imaginación no tienen límites. No he dejado de pensar en ello desde el día que conocí la existencia de la vista, cuando de pronto se abrieron las puertas de una inmensidad que me estaba oculta. ¿Te imaginas que te ocurriera a ti?

—Sería toda una experiencia, desde luego, pero yo ya nací viendo.

—Me refiero a algo que trascendiera todos tus sentidos.

—No me imagino cómo podría ocurrir eso.

—Eso mismo habría pensado yo si me lo hubieran dicho en Gea. Quizá vosotros no estéis en una situación tan distinta y sólo seáis conscientes de una pequeña parte de la realidad. Toda mi vida estuve convencido de que mi valle era el mundo, ¿cómo puedo estar seguro ahora de que esto no es una especie de Gea contenida en algo mayor?

Teo rió:

—¡Que venga alguien a demostrárnoslo!

—Te ríes porque sabes que no va a ocurrir —Nadir alcanzó su copa con naturalidad, como si tuviera medida la distancia hasta la mesita, y humedeció sus labios—. Pero no te he llamado por eso, sino por algo que he leído hace poco.

—¿De qué se trata?

—Gea no puede seguir aislada —dijo el archivero—. Habrá problemas, habrá endogamia. En la Fundación deben de saberlo, ¿por qué no hacen nada? Los antiguos aportaron nuevos genes, pero eso fue hace mucho tiempo. La población necesita mezclarse.

—Supongo que todos lo saben pero se silencia. Hay muchos intereses en mantener Gea tal como está.

—Es curioso, antes ya tenía la sensación de que algo malo le ocurría a Gea, sin saber nada de esto. Estaba harto en la aldea, me aburría enormemente porque lo sabía todo, o eso creía yo. Y ahora, ¡cuánto echo de menos aquello! Desde fuera me doy cuenta de que es una rareza, un micromundo aislado del progreso. ¿Y sabes qué? Tengo la sensación de que la gente era feliz, más que en Aurora, a pesar de todos los adelantos y comodidades de la ciudad.

—Anda, ponme otro trago —dijo Teo, mostrando imperativamente su copa vacía.

—Te da igual lo que he dicho, ¿no?

—Que me lo des.

—Estás borracho.

—Y qué más da si lo estoy. Me hablas de Gea, pero no has vuelto a preguntar por Ana, hace tiempo que no la mencionas. Antes lo hacías siempre... ¿Te has olvidado de ella?

—¿Para qué iba a preguntarte? Siempre me contestabas con evasivas. Me di cuenta de que te sentaba mal.

—Pues mientras tú estás aquí, filosofando con tus teorías absurdas, ella te está esperando, y está sufriendo por ti a

diario. Y tú, ¿la sigues queriendo?

El archivero se enderezó como un resorte, estiró el brazo hacia Teo y apoyó la mano sobre su hombro, como si necesitara un soporte después de lo que acababa de oír.

—¿Cómo? ¿Puedes ver eso? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Sí, lo veo, lo veo aunque no quiera. Sube al templo cada tarde y medita en silencio quién sabe qué oraciones, pero estoy seguro de que están relacionadas contigo. Te espera allí, no ha dejado de hacerlo ni un día desde que te fuiste, en primavera, en verano, en otoño y en invierno, y ha terminado por atraparme con su dulce tortura y hacerme desesperar con su constancia. Es espléndida, ojalá pudieras verla.

Nadir retiró su mano del hombro de Teo y se hundió lentamente en su silla.

—Es extraordinaria, no merezco que se preocupe tanto por mí. ¿Cómo voy a poder vivir con esto? Ahora comprendo por qué lo silenciabas, Teo.

—¿La sigues queriendo?

—¿Qué dices? No hay día que me acueste sin haber pensado en ella. No sabes lo que daría por estar con ella o al menos hacerle saber que estoy bien. Pero nadie puede entrar en Gea.

—Yo sí —afirmó Teo, aliviado de expulsar unas palabras que le arañaban por dentro. Nadir hizo un gesto de no entender.

—¿Te refieres al día que me rescataste?

—No, eso fue en las montañas. Me he acercado mucho más, hasta la loma del templo.

—¿En serio? ¿Por qué entraste? —en el momento en que el archivero formuló esa pregunta, adivinó la respuesta, y al notar que Teo callaba continuó—: Bueno, imagino que

tendrías tus motivos.

—Te lo he dicho porque estoy dispuesto a llevarte —dijo Teo.

—¿Es posible eso? ¿No nos... verán?

—No lo sé. Ya no soporto mi trabajo, necesito un cambio. ¿No lo notas? Tú mismo has detectado mi mal aliento. Nunca he tenido más objetivos que tener una vida cómoda y ahora tengo la oportunidad de hacer algo grande. Para el resto del mundo tal vez no sea más que una anécdota, pero para Gea supondrá el comienzo de una nueva era.

Omitió la verdadera causa, pero no hacía falta dar más razones. Las barreras, infranqueables como muros gruesos, intactas durante generaciones, sólo podían ceder desde la médula, a manos de sus propios guardianes, y lo que nadie había conseguido en tantos años de asedio podía lograrlo la belleza, el delicado empeño de una mujer. Nadir lo intuyó, sabía que muy pocas cosas podían llevar a un hombre a romper con todo, pero no quiso profundizar en sus motivos.

—¿Qué pasará después?

—No lo sé —contestó el centinela.

—Te castigarán, perderás tu empleo.

—A este paso lo voy a perder de todas formas, por eso es ahora o nunca —dijo Teo, cuidándose de revelar que la pena sería mucho mayor—. Me iré lejos. Escucha, esto es lo que vamos a hacer, quiero que te encuentres con ella cuando te esté esperando. Una vez que estés dentro da igual que nos descubran, ya no podrán hacer nada. No se lo digas a nadie, ni a tu padre. Si se filtra cualquier rumor nos detendrán, y no creo que vuelvas a tener nunca la oportunidad de regresar.

Los altavoces seguían entonando ópera, de fondo, mientras el centinela describía la entrada más cercana a la aldea con énfasis de iluminado, convencido de que acaba de

hallar la ansiada solución a sus problemas. La inminencia del regreso alimentó un sentimiento de pérdida desconocido en el archivero, la posibilidad de no poder volver a Aurora, la incertidumbre de lo que sucedería una vez descubierto el secreto que mantenía cerradas las puertas del valle. Ya pertenecía, o al menos quería pertenecer a ambos mundos, y todavía le quedaban muchas cosas por hacer en la ciudad. Cuando Teo se marchó, salió un momento a la calle, respiró con melancolía el aire denso de la urbe que tanto le había enseñado, y se sentó en un banco a escuchar el rumor de la plaza. Esa misma noche llamó a Lucía. Quedaron en un bulevar que olía a una mezcla rara de jazmines y tubos de escape, pero los aromas se desvanecieron en presencia de la muchacha, rabiosamente embalsamada. Aunque no pudo evitar sonreír (sabía que lo hacía por él), ya no le impresionaban como antes esas fragancias enfrascadas: una nariz fina percibía un tufillo artificial, una intensidad excesiva, descompensada, que anulaba la esencia natural del cuerpo. Una mujer olía a otra cosa, el murmullo sutil, casi imperceptible, de la creación; sólo para entendidos en olores. Lucía era mucho más que un frasco de perfume y unos botines de tacón. Aquellas minucias que le habían abrumado el primer día no tenían ya valor en comparación con sus cuidados, su trato siempre atento, y sobre todo su entrega, plena y nocturna, que le había puesto en el camino hacia los dioses. La invitó con el poco dinero que tenía, intentó sutilmente que comprendiera lo mucho que la estimaba. No le propuso que durmiera con él. No la tocó. No le dijo que tenía que marcharse, pero antes de despedirse le dio las gracias. Ella no supo por qué.

Todos acudirían al conocer su llegada. Se agolparían a su alrededor, ansiosos por escuchar las palabras del archivero, portador de mensajes de los confines del mundo. Esa tarde las casas quedarían abandonadas por la urgencia, y el viento entraría por las puertas abiertas y perecería en los rincones más íntimos sin que nadie escuchara su soplido. El cielo lentamente se volvió gris tras un día soleado, se nubló la ventana y se apagó el interior de la buhardilla, pero Nadir sólo sintió en su casa el calor tormentoso de la calle. Alzó un receptor de radio en la palma de su mano, pequeño, compacto, hecho de plástico duro y liso, y ensayó la ceremonia que realizaría en la aldea:

—Escuchad las señales de otra civilización —les diría, subiría el volumen y surgirían conversaciones en directo, voces de personas con otro acento, palabras extrañas, música nunca oída, incomprensiblemente elaborada, y se llenaría la plaza de rumores agitados de hombres y mujeres, niños y ancianos, la perplejidad de un pueblo que sentía cómo se tambaleaban los cimientos de sus tradiciones.

Sabía que no estarían todos, echaría en falta las ausencias de los numerosos moradores dispersos en el valle, hombres contruidos sobre sí mismos sin más horizontes que sus campos, y un estilo de vida que se asemejaba al de los árboles

robustos: no necesitaban nada más que un suelo fértil en el que hundir sus raíces. Algunos contaban con mujeres lozanas, satisfechas con los frutos de Gea, e hijos que crecían tranquilos lejos del ajetreo de la aldea, pero había otros a los que el tiempo había hecho eremitas, como Noé. Las palabras que el pastor le dijo en su despedida habían permanecido latentes en su memoria y afloraban ahora, con fuerza, en el momento del regreso:

—Espero que vivas más tiempo que yo, hijo, cosa que no debería serte difícil.

Guardó la radio en el fondo de una bandolera de nylon, junto a un juego de pilas nuevas, y surgieron las dudas. Quizá lo que se disponía a hacer precipitaría el final de aquellos hombres. Las aguas turbias de un futuro incierto bien podrían arrasarse su valle, convertir su paraíso natural en un parque de atracciones insípido, artificial, y borrar de un plumazo una civilización indefensa. Las personas instruidas en el saber de los antiguos asimilarían el cambio, pero aquellos eremitas endurecidos por la naturaleza, curtidos por el fuego lento del sol y la intemperie, preferirían morir antes de descubrir que sus veneradas tierras eran invadidas por el ruido ronco de camiones y hormigoneras, y sus praderas arrasadas y convertidas en fincas de recreo de burgueses, que acudirían a ellas simplemente para aliviar el estrés de la ciudad: la diosa madre convertida en capricho. El archivero casi podía oír a sus hijas malcriadas, urbanas desde la cuna, lanzando al aire dolorosos gritos porque habían pisado un pincho en su césped, o porque les había picado un bicho mientras tomaban el sol en sus piscinas privadas, falsamente protegidas tras los setos de sus pequeños paraísos. Todos los recién llegados desearían el contacto con la naturaleza, pero una naturaleza hecha a medida que se manifestara tras sus jardines como un

paisaje inofensivo y hermoso, un decorado para ser admirado desde sus tumbonas de plástico, sin peligro para sus cuerpos delicados. Eran proyectos inestables de personas capaces de acomplejarse por un grano en el cutis, por una peca o una nariz grande, o de deprimirse por no poseer el último producto de un mercado superfluo, pero contaban con una posición de poder que difícilmente podía serles arrebatada. No se les ocurriría escuchar a los pobladores originales de sus fincas, a los que seguramente considerarían salvajes, y se perdería una filosofía (ahora se daba cuenta) que habría sorprendido a los eruditos de Aurora, sencilla en su esencia pero difícil de comprender en profundidad, luminosa como una lámpara de aceite en las tinieblas. Ambos universos se necesitaban mutuamente. Sólo si el futuro se mostraba respetuoso se produciría una fusión lenta, cuidadosa, por parte de millones de personas que harían bien en detenerse ante el ritmo pausado de Gea y absorberlo como esponjas secas, sedientas de sabiduría. De lo contrario nada se salvaría, también la playa sería invadida por domingueros, hombres barrigudos con calvas hechas de prisas e insomnios, y mujeres de pelo teñido, esclavas de maquillajes y cremas antiarrugas. En las aguas del mar flotarían sus aceites pringosos, bolsas de plástico y compresas usadas, y la deliciosa arena en forma de uña se cubriría de colillas y latas de cerveza. Quizá un monumento inútil, en el que nadie repararía, sería erigido en la plaza de la aldea, una estatua a la memoria de los viejos pobladores, ya engullidos por la vasta superficie del planeta.

Era necesario correr el riesgo. Quería creer que lo hacía para salvarlos de una lenta decadencia biológica, que nada más le habría empujado a arriesgar el destino de cientos de personas, pero bullía en su interior un instinto primario, un deseo profundo que sin necesidad de otras razones le habría

empujado hacia Ana, la penitente del templo, sufridora inocente de su fuga. Todo perdía importancia ante el afán de calmar su lenta agonía, de recibir las lágrimas que sus largas pestañas no vertían porque no tenían a quién. Estaba preparado para el encuentro. Se había afeitado con cuchillas francesas y bálsamo de lavanda. Acababa de bañarse, y bajo el albornoz algodónado que cubría su cuerpo manaban las esencias, discretamente perfumadas, de las sales de baño. Se vistió con una camisa suavísima de seda negra que caía flácida sobre los pantalones de lino, y terminó de llenar la bandolera. Dejaba en la buhardilla muchas cosas que le habría gustado llevar consigo, que no sabía si tendría ocasión de recuperar: los libros y audiolibros acumulados, los discos y el equipo de música, ropa cómoda, vajilla fina, vasos de cristal, y electrodomésticos que en Gea habrían pasado por magia. Entre lo que llevaba, aparte de la radio, había mecheros, pequeños frascos de perfume, bombones de chocolate fino, y varios textos que no quería olvidar. Por la ventana abierta entraron las vibraciones de las campanas de la iglesia, tañidas con la indiferencia de la rutina. Era la hora.

Bajó las escaleras como cualquier día, por si algún vecino curioso husmeaba desde su mirilla, empujó el portón de madera y atravesó el bochorno de la calle, espeso como una cortina de vapor. Las campanas volvieron a quebrar el silencio extraño de la plaza, a destiempo. Retumbaron sus melodías lúgubres en el diapasón grisáceo del cielo, agitadas por una mano que no parecía humana. Una paloma desorientada, quizá asustada por la gravedad inesperada del sonido, levantó el vuelo, y el zumbido de su aleteo se perdió entre los árboles, en la inmensidad de la plaza. Nadir no reparó en la anomalía, los tañidos le traspasaron como a un cuerpo etéreo mientras cruzaba en diagonal hacia la bocacalle opuesta, bandolera al

hombro, camisa oscura larga como una capa, figura inclinada hacia delante por la prisa, estampa de mensajero, portador de noticias nunca dadas, de historias nunca contadas, de palabras nunca dichas. Los largos años de archivero eran ya una anécdota pasada, eclipsada por un viaje de un solo día. Desde el centro de la plaza le observaban unos ojos solemnes, fríos como el metal, las pupilas hundidas en un vacío hueco, en su rostro fino de muchacha, y los cabellos largos de bronce sobre la cabeza, la nuca y los hombros. Dobló una esquina y oyó el ronco rugido del coche: el motor a ralentí y el hedor a petróleo le transportaron al primer día en las montañas, cuando el centinela le rescató en el bosque. El tiempo transcurrido se alargaba como una malla en la memoria y aquel acontecimiento aparecía lejano, desvanecido por meses henchidos de descubrimientos y experiencias insólitas. Abrió la puerta y le envolvió el humo áspero del tabaco. Dentro, recogido en su asiento, Teo fumaba. Lanzó un saludo nervioso al mensajero y dirigió sus ojos rojizos a la bandolera negra.

—¿Qué has traído?

Nadir buscó en el fondo y le mostró la radio.

—He traído esto. El valle está lleno de ondas, no sólo de luz. Ha llegado el tiempo de que se manifiesten, ¿no crees?

—Creo que se van a llevar una buena sorpresa. ¿Qué más cosas tienes?

—Sólo espero que no se asusten. Pero ve arrancando, no hay tiempo que perder.

El vehículo se deslizó por las calles sinuosas del casco antiguo, sobre empedrados brillantes de llovizna. Apenas había peatones, y los pocos que caminaban por las aceras les dirigían miradas esquivas, como si fuesen conscientes de que tras las ventanillas opacas, salpicadas de barro, se urdía un plan clandestino. Las avenidas de los barrios nuevos, en

las afueras, les recibieron con su amplitud desmesurada, sin tráfico, aún vacías de habitantes. El mensajero se entretenía hurgando en su bandolera.

—¿Has visto esto alguna vez?

Mostró al centinela la tablilla de brillos negros, con símbolos grabados en su superficie. Teo miró de reojo, incapaz de reconocer el objeto.

—¿Qué es? Parece de obsidiana.

—Pensaba que tú lo sabrías.

Teo se encogió de hombros y volvió a preguntar:

—¿Qué pone?

El mensajero leyó: “Avanzáis por un sendero angosto pensando que no hay más caminos, que todo muere más allá de esta tierra que es vuestro mundo...”, mientras Teo escuchaba con ojos entreabiertos y daba una calada profunda a su cigarrillo.

—Ni idea —dijo al fin el centinela.

—Qué extraño, siempre creí que en Aurora lo sabíais.

—Debió de ser hace mucho tiempo —dijo Teo distraídamente—, cuando había menos control, pero no lo sabía, no sabía que se acercaban tanto como para que pudierais sentir su calor, si es que es verdad lo que dice.

—Sea o no verdad, este texto, escrito en un material imposible para nosotros, ha sido una de las razones que han impulsado a los archiveros a salir en busca de otras tierras. Ha sido mantenido en secreto durante generaciones, no sé cuántas, pero mi abuelo ya lo conocía.

—Pues me temo que ahora ya no sirve de nada ocultarlo —dijo Teo, machacando el cigarrillo en el cenicero abierto. Encendió otro, dejando por un momento el volante huérfano de manos, aspiró el humo placidamente y miró de lado a Nadir—. Lo podéis guardar como curiosidad histórica.

—Sí, supongo que sí... —dijo Nadir, y dejó caer la tablilla en la bolsa, como si fuera un trasto inútil.

Por una carretera secundaria encararon las montañas, partidas en dos por el parabrisas del todo terreno. Teo cavilaba entre la nebulosa ondulante del humo. Tantas veces había hecho la misma ruta que le costaba creer que tal vez fuera la última. Salvarían el desnivel rocoso y se adentrarían por los campos, verdes de primavera bajo las últimas luces del día. La distinguiría desde la distancia, su silueta recortada soberbiamente contra el cielo, acariciando la cima con sus pies ligeros, gravitando suavemente sobre el colchón aéreo de la loma, y se acercaría lo suficiente para verla, pero se mantendría a una distancia prudente, no se atrevería a interferir en la intimidad de los amantes, aunque se tratara de una intimidad ficticia. Permanecería allí hasta que descendieran a la aldea y se formara a su alrededor el definitivo círculo humano que habría de sepultar a la Fundación. No tendría prisa por volver, ¿para qué? Nada bueno le esperaba a su regreso. Bajaría a la playa y esperaría junto al mar, a ver si ocurría algo, a ver si los centinelas tenían el valor de acudir a apresarle o en cambio le sorprendía el amanecer temprano en la bahía. Un deseo remoto le empujaba a pisar esas arenas, como si ya hubiera estado allí antes, tal vez en la oscuridad hermética del vientre materno. Le sobresaltó un bocinazo furioso, prolongado. Se había salido ligeramente de su carril mientras un coche adelantaba. El archivero brincó en su asiento: “¿Qué ocurre?”. “Lo siento, me he distraído”, se disculpó Teo. El vehículo les pasó amenazante y empequeñeció sobre el asfalto. El campo era una alfombra rojiza y pedregosa moteada de olivos. Se filtraron los últimos rayos del sol por un claro entre las nubes, y las sombras alargadas aparecieron en el paisaje, en el momento en que la carretera se estrechaba y comenzaba

a serpentear entre colinas. Estaban muy cerca de Gea. El bramido cercano de un trueno amenazó en el cielo turbio, y casi al mismo tiempo Teo exclamó: “¡Maldita sea!”. “¿Qué ocurre?”. “Los he subestimado”, dijo, decelerando el coche. “Nos están esperando”.

Justo a la salida de una curva, a pocos metros, dos centinelas armados bloqueaban la carretera, aguardando su llegada. Teo miró a ambos lados en busca de una salida desesperada, pero el terreno escarpado creaba una barrera infranqueable.

A orillas del Mediterráneo la luz es intensamente azulada, a veces cegadora. Las olas alisan la arena de la playa y mecen suavemente una pelota de goma, entre espumas blancas. Se ha colado en la bahía y grita su color rojo vivo a los pies de la aldea, entrando y saliendo perezosamente del agua. A pesar de su tono llamativo nadie la ve, nadie se dará cuenta de su presencia si no tropieza con ella por casualidad, y el juguete continuará mansamente su camino acuático, entregado a los caprichos de la corriente. Esa tarde la playa está vacía y la aldea está sumida en un sopor que cae pesadamente desde un cielo salpicado de nubes. Ana acaba de cruzar el puente y entra en la plaza. Esta vez nadie la observa, los dioses tienen otros planes. Se detiene frente al edificio de la biblioteca, alza el mentón y aspira el aire bochornoso, impregnado de azahar. Resbalan sus cabellos por la piel satinada de su espalda y se mezclan con telas de lino. Alisa los pliegues de su falda con las puntas de los dedos, pellizcando el tejido, no por temor a dejar manchas, no sabe lo que es eso. No tiene prisa. Vuelve instintivamente el rostro hacia abajo, como si quisiera mirar, y se dibuja un mohín aniñado en sus cejas finas y en sus labios cuando comprueba que la tela sigue arrugada: se ha puesto ese vestido por primera vez desde el pasado verano, lo guardaba cuidadosamente doblado y quiere que esté impecable al tacto, por si se produce el encuentro, siempre esperado, a

pesar del tiempo y la rutina. Toma al fin el camino que nace de una esquina de la plaza y sube por el suelo empedrado con más inercia que fe. Lentamente las nubes se aglutinan y el día pierde brillo. Las promesas languidecen, la eternidad se evapora en el día húmedo, se escurre por sus dedos y asciende a alturas inalcanzables, ya imposibles de asir con sus manos. Esa sensación la deja agotada. De pronto detecta una presencia inesperada delante de ella y vuelve a detenerse. La mujer que la aguarda habla con voz áspera:

—Ana, sabía que vendrías.

—¿Lena? ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo. Ven, sentémonos.

La solemnidad con la que dijo aquel “sentémonos” no le gustó, pero Ana, obediente, recogió su amplia falda con una mano, se agachó y tanteó el suelo en busca de un sitio mullido para sentarse. Lena hizo el mismo gesto y las dos se acomodaron a la vera del camino, sobre la hierba, una al lado de la otra. Había en ellas cierto parecido familiar. Vestidos similares cubrían sus cuerpos, y sus cabellos, largos y ondulados, eran iguales al tacto, y ellas creían que eran idénticos, pero unos eran cobrizos y los otros de oro sucio. El rostro de Lena mostraba las huellas de la vida en las comisuras de sus ojos y sus labios. Los rasgos de Ana, en cambio, parecían modelados en cera y falseaban su edad dándole una frescura adolescente, aunque tenía la expresión melancólica (el ceño levemente fruncido, los ojos graves tras los párpados desmayados) de quien ha pensado mucho. Hablaron del tiempo, de cómo se presentaba la siembra para los labriegos, de acontecimientos cotidianos de las gentes de la aldea, y de todas esas cosas que se cuentan cuando se quiere decir algo importante y no se sabe cómo. Ana lo intuía y trataba de adivinar los verdaderos motivos de su hermana, confusos tras

el cascarón de sus palabras. Fue ella misma la que preguntó:

—¿Qué era lo que querías decirme, Lena?

—¿Por qué sigues subiendo al templo día tras día? Creo que ya has esperado demasiado tiempo.

—Creo que debo ser yo la que decida qué es demasiado —dijo Ana, que no estaba para reproches.

—¿No te das cuenta de que no sirve de nada? No hay nada más —dijo Lena con franqueza—. ¿Piensas realmente que algún ser supremo va a escuchar tus oraciones?

—No lo sé.

—Te lo digo yo: no.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Nunca ha sucedido.

—Que nunca haya sucedido no quiere decir que...

—No va a suceder —interrumpió Lena—. Desengáñate.

Ana supo contener un acceso súbito de cólera con palabras cargadas de intención:

—Si has venido sólo para esto, será mejor que te marches.

—Lo digo por tu bien. Estoy preocupada por ti, Ana. Casi ha pasado un año y sigues igual. ¿No vas a pensar en rehacer tu vida?

El tono conciliador de sus palabras calmó a Ana y le hizo reflexionar.

—El pastor viejo vino a visitarme este invierno.

—¿Noé?

—Sí —dijo Ana—. Me trajo un queso espléndido, pero no vino por eso. Dice que estuvo con Nadir la última noche y cree que está bien. Se acercó un día al nacimiento del río y no encontró nada raro. Me confesó que a veces, en los confines de Gea, ha creído oír ruidos y percibir olores que parecen de otros humanos.

—Oh, vamos... —dijo Lena dispuesta a desacreditar al viejo, pero no continuó, la detuvo un respeto profundo, pavoroso, hacia los eremitas que poblaban los confines de Gea y sus perros brujos.

—¿Y si fuera cierto? ¿Y si hubiera algo más?

—Supongo que nos quedaremos siempre sin saberlo —zanjó Lena.

Se abrió en el cielo un claro soleado. El valle se llenó de una luz dolorosamente intensa, un resplandor atrapado entre la tierra y las nubes que envolvió a las jóvenes: se encendieron sus vestidos níveos, los bucles de sus cabellos y la piel dorada de sus rostros y sus brazos. Ellas sólo sintieron calor, un calor súbito, ardiente, portador de un mensaje desesperadamente luminoso, pero incapaz de penetrar en su percepción oscura.

—Qué día más raro hace —dijo Lena—. Tan pronto calienta el sol como se va.

—Cómo se nota que es primavera.

El resplandor se apagó, desanimado entre agonías de ámbar. Manos aéreas, como si hubieran escuchado las palabras cándidas de las muchachas, taparon el claro con nubes negras. El bramido de un trueno resonó en el cuenco rocoso de Gea, anunciando tormenta. Cayeron unas gotas aisladas, muy gruesas, y de pronto un manto de agua se precipitó sobre ellas, todavía sentadas a la vera del camino.

—¡Corre, nos vamos a empapar! —exclamó Lena, levantándose. Sujetó a Ana del brazo y tiró de ella hacia la plaza. Ana la siguió unos pasos y después se zafó.

—¡No! ¡No puedo!

—¿Qué?

Las voces sonaron atenuadas por el ruido de la lluvia.

—¡Tengo que subir! —gritó Ana.

No la oyó. Lena ya se había vuelto y corría hacia el

puente. Ana se apresuró sendero arriba, y casi al final de la loma tropezó y cayó en el suelo encharcado, y frenó el golpe con sus manos, pero se hizo daño. El lino blanco de su vestido se manchó de barro y la falda se rasgó por la rodilla. Se quedó a gatas, con las palmas doloridas, y lanzó un suspiro, y por un momento pareció que no iba a levantarse, mientras el agua resbalaba indiferente por su cuerpo. Al fin se incorporó, calladamente, y continuó andando despacio sobre el lodo. Se refugió bajo el pórtico del templo, empapada de soledad, amparada sólo por la piedra fría y húmeda, y por primera vez se derrumbó. Su espalda resbaló por la pared, y se quedó en cuclillas, con el rostro sobre sus rodillas, hundido en el eslabón áureo de sus brazos. La niña que nunca lloraba, que había soportado serenamente la incertidumbre de los días, derramó unos lagrimones mudos, mediterráneos, que se confundieron con el agua dulce de sus cabellos. Se sintió sermoneada, incomprendida, desolada tras un año amargamente largo, cansada de vivir de la huerta y de lo que le daban sus familiares cercanos, sin otro motivo que una espera estéril. El volumen de su soledad era ya demasiado grande, la soledad de intuir que no había nada más allá, que eso era todo. Las viejas fábulas se diluían, se mezclaban con la sal que vertían sus ojos inútiles, incomprensiblemente hermosos y expresivos, y sin embargo tan alejados del milagro de ver, de atisbar lo que tenía delante de ella, lo que el repiqueteo ensordecedor de la lluvia le había impedido sentir.

Un hombre la miraba con la respiración contenida desde el otro extremo del pórtico. Sus ropas acuosas colgaban pesadamente y se le pegaban al cuerpo, y su pelo demasiado fino hacía clarear su cabeza. Acababa de entrar. Le siguió otro hombre de cabellos negros, con una bandolera de nylon colgada del hombro y el mismo aspecto de peregrino

maltratado por el temporal. Teo susurró a Nadir algo al oído, y éste gritó: “¡Ana!”. El rostro de la muchacha asomó en sus brazos, y habló calladamente, como en sueños: “¿Nadir?”. El mensajero se abalanzó sobre ella y la cubrió con su cuerpo, como si quisiera protegerla de un daño ya hecho. La ayudó a levantarse mientras se le agotaban las palabras de perdón, pero ella no lo oía, flotaba todavía en tinieblas lluviosas cuando lo rodeó con su abrazo lánguido y posó la dulce frente sobre su hombro. Teo los miraba convertido en silencio, en columna marmórea. Más allá de su vestido de lino sucio y roto, de su pelo manchado de barro, la muchacha, luminosa en la tarde nublada, alta y esbelta como una escultura griega, con la cabeza inclinada y el talle elegantemente erguido, era la obra acabada de millones de años de naturaleza, de pruebas y errores con martillo y cincel, fruto de tanto esfuerzo que el suelo bajo sus pies rezumaba sudor de Dios. Mientras acariciaba la espalda del mensajero con sus brazos interminables, entregada a pensamientos mudos, adivinó la presencia del centinela (tal vez por el chasquido de un movimiento mínimo, o por el olor vago de su cuerpo) y pareció mirarlo fijamente, y la tarde gris se volvió verde, el verde melancólico y luminoso de sus ojos enormes, aumentados por la lente acuosa de sus lágrimas. La herencia de los antiguos, la rara casualidad de su ascendencia, se hacía patente en esa claridad verdosa, imposible en un pueblo de ojos oscuros. Sosteniendo la mirada honda, esperanzadora, le dedicó al centinela una sonrisa otoñal, llena de calles nocturnas, soportales y farolas pálidas, todo lo que él siempre deseó y no tuvo. Tal vez lo hizo por el simple placer de hallarse en los brazos amados, o quizá porque de pronto lo sabía todo, sin que nadie se lo hubiera dicho.

Todo parecía perdido cuando los centinelas los sorprendieron en la carretera. Teo ni siquiera tuvo tiempo para ocultar a Nadir de sus miradas, ya lo habían visto. Antes de que el vehículo se detuviera por completo, reconoció las caras de sus compañeros de oficio, y comenzó a bajar la ventanilla tratando desesperadamente, inútilmente, de inventar una excusa, una razón que camuflara lo que era obvio. Entonces ocurrió lo imprevisible: se cerraron completamente los cielos y se desplomó una cortina de agua sobre ellos. Uno de los centinelas, con un gesto de sorpresa, miró hacia arriba y se cubrió instintivamente la cabeza con los brazos, y el otro ya no se veía a través de la ventanilla opuesta, sólo era una mancha imprecisa, nublada por gruesos chorros de lluvia en el cristal. Teo hundió el pie en el acelerador, en una de esas decisiones que se toman sin pensar, y el todo terreno se lanzó hacia la carretera invisible. Cada viraje estaba grabado en su memoria, a causa de la repetición diaria, una rutina de años tan aburridamente largos que eran cortos en el pasado. Nadie conocía el camino mejor que él. Los guardianes trataron de seguirles, pero pronto desaparecieron en el fondo grisáceo, y sólo surgieron después, a pie, ya lejanos como borrones de agua, ante la última señal, la frontera que no se atrevieron a traspasar, en parte por un temor oscuro y también porque un cauce seco empezaba a arrastrar corriente justo bajo las

rocas. Nadir y Teo habían superado ese último obstáculo, los dejaban atrás y se adentraban corriendo en el valle. Ya nada podía detenerlos.

Tras la tormenta se despejó el cielo, todavía crepuscular, nacarado, luminoso sin sol. Los amantes aún se abrazaban, empapados de lluvia, apoyados el uno en el otro, dedicándose palabras de reencuentro, de amor y de ausencia, en la eternidad de las columnas del templo.

—Vamos, no hay tiempo que perder —apremió Teo, que los observaba a pocos metros—, los guardianes podrían estar cerca.

El abrazo se deshizo perezosamente, y quedaron cogidos de la mano, preparados para marcharse. Nadir se volvió hacia Teo:

—Acércate, quiero presentarte a Ana —y se volvió hacia ella—. Ana, éste es mi amigo Teo de Aurora, gracias a él estoy aquí.

La muchacha tendió su mano al vacío, esperando el contacto, y Teo la estrechó con pulso tembloroso, y musitó un “Encantado” que habría sido inaudible en su ciudad, pero ella lo oyó y le devolvió un tímido “Gracias, igualmente” que sonó a susurro, a oración melódica, con los ojos fijos en el suelo, como temerosa de mostrarlos.

Teo y Nadir se despidieron con un fuerte apretón de manos y un abrazo.

—Pase lo que pase, te deseo mucha suerte —dijo el mensajero—. Espero que podamos hablar pronto

Los amantes bajaron a la aldea, caminando despacio por el suelo resbaladizo. Cerca del puente, el mensajero comenzó a gritar la buena nueva. Al otro lado del río se asomaron las primeras cabezas por las puertas de las casas, y poco después

todo el pueblo, al darse cuenta de lo que ocurría, se dirigió en masa hacia ellos, llenando las calles y absorbiéndolos en la multitud. Era una reunión inesperada, desordenada, llena de alboroto, abrazos efusivos y saludos a ciegas. Desde la cima, apoyado en el altar, Teo apenas distinguía ya al mensajero, confundido entre la gente. Le ardía la mano. Se volvió a mirar hacia el otro lado, por donde había venido, y encontró el campo extrañamente vacío, sin rastro de sus perseguidores. A pesar de sus ropas mojadas no tenía prisa por volver, nunca en su vida se había sentido tan libre, tan satisfecho, tan cercano al verdadero hogar. El templo se elevaba sobre el altar con serenidad antigua, sólido a pesar del tiempo, con el friso labrado de figuras y el frontón despejado, y un tímpano hundido en cuya base crecían hierbas altas, de un color pardo más oscuro que la piedra. Subió las escaleras de la entrada, atravesó el pórtico, que todavía olía a lluvia, a lágrimas y a reencuentro, y se asomó al interior, un rectángulo de suelo enlosado, cubierto de tierra y polvo, en cuyo centro todavía se conservaba el pedestal de una estatua. Fuera, la noche iba venciendo al día. El mar estaba liso como un lago, de un azul más oscuro que el cielo, como en atardeceres de otras primaveras. Abajo, al otro lado del río, el pueblo de Gea aún se agolpaba alrededor de los amantes, por las calles estrechas, entre las casas de tierra. Y a este lado del río, nadie.

Descendió por el sendero que tantas veces había recorrido Ana, y descubrió lo que la loma siempre le había ocultado: las ruinas de las casas ricas de la antigua ciudad alta, moradas abandonadas de los dioses, con vistas al mar, entre soberbias palmeras. Ya sólo quedaban muros derruidos, piedras dispersas entre los matorrales y columnas caídas, cubiertas de enredaderas. Se desvió del sendero y se sentó sobre una basa, redonda y amplia. A su lado, una escultura decapitada yacía en

la tierra. De modo que así habían terminado las aspiraciones de inmortalidad de algún personaje influyente, un poco más rico, un poco más poderoso que los demás, lo suficiente como para dejar el recuerdo de su estatua. La curiosidad le llevó a buscar la cabeza, que encontró muy cerca, semienterrada, comida por las hiedras. Consiguió sacarla de su sepultura de olvido, pero al despejarla de hojas y raíces se topó con una imagen sorprendente, casi aterradora: en la talla deteriorada creyó ver las facciones de su propio rostro. Entendió Gea y entendió su pasado, el de los hijos de las sombras y el suyo propio: dos ciudades distintas separadas por un río, dos pueblos que vieron frustrado su intento de mezclarse, y un abandono forzado. Contempló aquel rostro con un respeto reverencial, lo colocó en la basa y lo abandonó con el deseo de volver, de vivir allí algún día, sobre las ruinas de su antepasado. Dejó atrás la ladera de ruinas y continuó bajando hacia la biblioteca, ya cercana, sonrosada de anochecer. Las plantas trepaban por sus muros y por sus columnas gruesas, a pesar del cuidado de generaciones de archiveros, que no podían saber ni evitar que una plaga de hierbas descoloridas se extendiera sobre el tejado, la misma vegetación que crecía en el tímpano del templo. En el interior le sobrecogió el orden sepulcral, las hileras borgianas de estanterías, llenas de tablillas de arcilla, de sabiduría cocida a fuego lento, y le estremeció mirar hacia arriba y descubrir que el techo amenazaba con caerse. Nadir, el archivero, el mensajero, lo había intuido: la decadencia del pasado clásico se precipitaba. Gea volvía a su estado original, la naturaleza se imponía al pasado con su fuerza erosiva, con el abrazo funesto de las plantas trepadoras, que horadaban los tejados, las columnas, los altares, los rostros de las estatuas y sus pies de mármol frío. Fuera, el suelo de la plaza estaba cubierto por grandes

losas agrietadas, también heridas de hierbajos. La mano ancestral se hacía evidente en la disposición geométrica de los naranjos, magníficamente alineados, repletos de hojas verdes y alargadas, sudorosas de agua fresca, salpicadas de flores cansadas, algunas todavía en las ramas, otras desparramadas como sábanas blancas de azahar. Desde la explanada amplia y olorosa partían los caminos: uno serpenteante hacia el templo, ya lejano en lo alto, y otro hacia los campos, hundido por las pisadas de labriegos. Por todas partes se intuían los restos de antiguas viviendas, construcciones menos sólidas barridas por el tiempo, invisibles desde la distancia.

Los vio llegar de pronto, desde el otro lado del río: una masa tranquila y sombría con el mensajero al frente, que los conducía hacia la plaza. Cruzaron el puente como un ejército hecho de ecos y voces, confuso y lento, pero ordenado, donde todos se iban tocando con los brazos por temor a tropezarse entre ellos. Teo retrocedió hacia la loma, siempre mirando hacia la plaza, viendo cómo la multitud se sentaba en torno a Nadir y guardaba silencio para absorber las palabras del mensajero, que permanecía en pie sobre aquel círculo de cabezas: ya la radio había sonado, y los objetos de Aurora habían pasado de mano en mano, como enigmas vivos entre los dedos. Ya todo parecía hecho, todo obedecía un orden correcto, apacible, previsible, y sin embargo una niña se separó del grupo y caminó resueltamente hacia la ladera, donde Teo aguardaba sentado, como espectador único de la historia de un pueblo. El centinela observó indeciso, dudando entre permanecer sentado o alejarse, mientras la niña se acercaba, con los ojos siempre fijos en él, habría jurado que mirándole. Era una mujer en miniatura, toda de cabellos de oro viejo y vestido de lino, los pies desnudos y sucios, y la mirada verdosa. Ya de cerca, cuando se detuvo apenas a un paso,

distinguió en ella los ojos otoñales de Ana, verdes y brillantes como hojas de naranjo.

—¿Quién eres? —preguntó la niña.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Me has visto?

La niña pareció no comprender.

—Sabías que estaba aquí —insistió el centinela.

—Sí.

—Tienes unos ojos distintos, de otro... color.

—Son como los de mi tía Ana —dijo la niña—. Los ojos de los demás son como la tierra, pero los nuestros son como las plantas. Ella me ha enseñado a leer, sabe que no necesito leer con el dedo, que tengo un poder.

—¿Lo saben los demás?

—No, Ana me dice que no diga nada, para que no piensen que soy bruja.

—¿Y ella también tiene ese poder?

—No, ella dice que no.

El centinela recordó la última sonrisa en el pórtico del templo, tan reciente, esa sonrisa de lluvia y calles viejas, y sobre todo de complicidad, y también recordó las noches lejanas en las que Ana parecía contemplar la bahía, y aquella vez que se volvió hacia él, como mirándole, en la ladera. La duda le recorrió.

—Ese poder que tienes se llama vista. Yo también lo tengo.

La niña se llevó a la boca el dedo meñique, cruzó los pies, y con la mirada clavada en el suelo se decidió a preguntar:

—¿Eres un dios, de esos que hay en los libros?

—No soy diferente a ti —dijo el centinela con una sonrisa amplia en su rostro—. Ni siquiera en la vista, por lo que veo —aunque sabía que la niña no comprendería la palabra.

De modo que las plantas habían brotado de la tierra. Gea

había salido sola de la oscuridad, la luz se había abierto camino a través de un largo túnel de genes recesivos, encarnada en una niña que no tendría más de diez años. Debía de ser eso. La necesidad de salvar a aquel pueblo del riesgo endogámico nunca le había convencido, los temores de endogamia parecían ridículos sólo con ver a Ana. Gea podía salvarse a sí misma, la naturaleza encontraba casi siempre la manera. La niña interrumpió sus cábalas:

—Esos de allí, ¿son tus amigos? —preguntó, apuntando con su dedo infantil hacia la cima de la loma.

Teo se volvió de súbito y quedó paralizado con la visión: decenas de siluetas recortadas contra el cielo anochecido, junto al templo pálido. Le esperaban como fantasmas, sin atreverse a avanzar, sin saber qué hacer. Daba igual lo que hicieran, ya el curso de Gea había cambiado, y ellos lo sabían. Distinguió vagamente a la directora y a sus abogados entre un regimiento de guardias. Los dioses, en aquellas alturas espectrales, parecían más temibles que nunca, pero estaban derrotados. Los hijos de las sombras, debajo, seguían pendientes de su profeta, absortos en el universo de su plaza. En esa inmovilidad onírica, callada, ascendió por la ladera la melodía enlatada de un bolero, que parecía burlarse de todos desde su cárcel de plástico. El mensajero sostenía la radio en una mano, y en la multitud de su pueblo estallaba un rumor de asombro. Fue lo último que se vio: la oscuridad de una noche sin luna devoró los perfiles del valle, y el firmamento se cubrió de estrellas que asomaban entre mechones de nubes. Una ráfaga de viento cálido recorrió la ladera. No se encendían las linternas de los guardias, que habían empezado a bajar de la cima. La radio se apagó en la plaza, ahogada en un último sonido distorsionado, como si de pronto se hubieran agotado las pilas. Ya sólo quedaban voces y desconcierto,

arriba y abajo. En ese abismo de carbón y plata amaneció la niña, envuelta en una claridad azulada, frente a Teo. Se encendió gradualmente, lentamente, como una lámpara de gas, y señalaba con la mano, esta vez hacia el suelo, de donde surgía el verdadero resplandor. Era una bola negra y pulida, como de obsidiana, que brillaba con luz propia, no se sabía cómo, no se sabía por qué. Teo trató de cogerla, pero le quemó en la piel y se le cayó a los pies de la niña. Ella dudó un instante, hasta que se agachó y la recogió en el cuenco de sus manos. Se levantó temblorosa, con los ojos fijos en la esfera. El centinela y ella creyeron ver lo mismo: todas las estrellas del cielo estaban contenidas en ese punto. También lo vieron los guardias, que ya habían llegado a su lado, guiados mansamente por el único foco visible en las tinieblas, y poco después la directora y los abogados, todos congregados, enmudecidos en torno a la niña, en torno a la luz azulada que hablaba en sus manos. Y mientras en la plaza los hijos de las sombras seguían sentados, como si nada hubiera ocurrido, pasándose entre ellos una tablilla lisa, extrañamente suave y fría que les había entregado el archivero, los demás recibían el mensaje de la esfera: palabras que brotaban del agujero oscuro, frases de luz que flotaban en la noche.

Bola de obsidiana, ciudad alta de Gea:

*Avanzáis por un sendero angosto pensando que no hay más caminos, que todo muere más allá de esta tierra que es vuestro mundo, pero un velo tupido os impide conocer el cielo, os mantiene en las sombras sin que sospechéis cuánto os está oculto.*

*Nosotros conocemos vuestra existencia, podemos andar entre vosotros sin que os deis cuenta de nuestra presencia, y a veces nos acercamos tanto que sentís nuestro calor. Creéis que sois los reyes de la percepción, que vuestra vista es aguda, pero unas simples gotas de lluvia, una niebla espesa o una noche sin luna enturbian vuestro entorno. Existe una sensación que potencia nuestra realidad y nos permite leer los mensajes que la naturaleza no esconde. Un continuo espectáculo se despliega, envuelve, abraza a todos, pero sus fulgores os llegan tamizados por nubes de polvo. Tratar de narrarlo es inútil: lo que para nosotros es claridad diáfana no puede describirse sin emplear símbolos desconocidos, como lo serían las palabras “luz” y “color” para los que no pueden ver.*

*No acudiremos a vosotros. Sólo aquéllos que os aventuréis más allá de las fronteras podréis encontrarnos, y entonces os mostraremos lo que ahora no podéis imaginar. Pero al hacerlo no abandonéis la tierra firme, no os ahoguéis en aguas demasiado profundas. No tengáis prisa: estaremos esperando cuando llegue vuestro tiempo.*



## TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris ..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla ..... 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez ..... 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver ..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero ..... 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany ..... 1999
7. *La piel que te bice en el aire*. Rafael Marín ..... 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez ..... 2001
9. *El tren*. María Vila ..... 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández ..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado ..... 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares ..... 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo ..... 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares ..... 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García ..... 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero ..... 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas ..... 2010
18. *Los hijos de las sombras*. Iban Munárriz Vega ..... 2011

